AKAL/CAMBRIDGE • HISTORIA DEL MUNDO PARA JOVENES 2

Trevor Cairns

Los romanos y su imperio

1. La República

Cómo ser un romano

Todo el mundo reconoce a un romano cuando lo ve, cosa que ocurre muy a menudo, pues constantemente estamos viéndolos en películas, en libros o en revistas. Tienen un aspecto parecido al de estos muñecos, y son soldados, por supuesto. La gente, normalmente, piensa en los romanos sobre todo como soldados, y en esta idea hay algo de verdad, ya que a los propios romanos les gustaba pensar que eran buenos soldados.

Los romanos de la foto están vestidos de soldados, aunque todo el mundo sabe que el hábito no hace al monje. Pero los romanos tenían una idea muy clara sobre el aspecto que debía tener cualquiera de sus hombres.

Aquí verás una lista de palabras romanas y se parecen tanto a otras palabras españolas que puedes encontrarlas fácilmente en un diccionario si aún no las conoces. (Muchas de nuestras palabras actuales vienen del latín, que es como se llama el idioma de los romanos). Estas palabras describen el tipo de cualidades que se suponía que debía tener un romano.

FIDELITAS	FORTITUDO	GRAVITAS
DISCIPLINA	SEVERITAS	PIETAS

Míralas bien y piensa en ellas. ¿Crees que un hombre con estas cualidades sería un buen soldado?

¿Podrían unos hombres con estas cualidades construir y

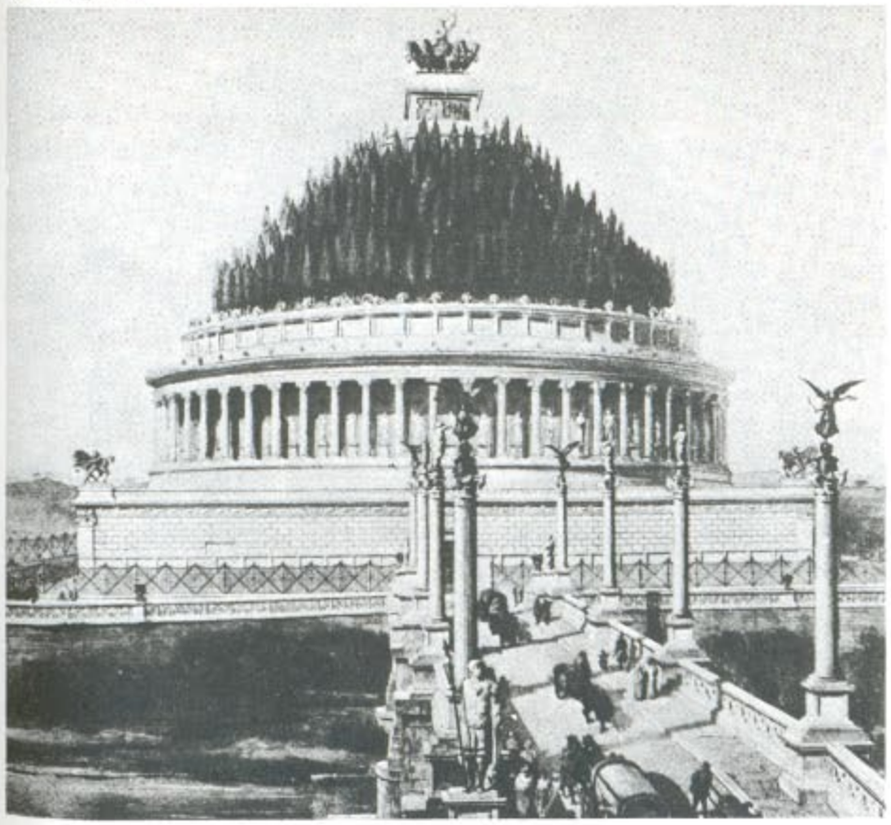
gobernar un gran Imperio? ¿Necesitarían además otras cualidades?

Vuelve a mirar la foto de los soldados y verás que la armadura y las armas de los dos hombres de delante fueron hechas para usarlas. No llevan simples disfraces. Mira bien las fotografías. Este castillo fortificado lleva en pie 1.800 años y, sin embargo, ni siquiera lo construyeron como castillo. Era la tumba del emperador Adriano.

Los romanos, como ves, tenían otra cualidad muy importante. Sabían hacer cosas que funcionaran bien y duraran mucho tiempo.

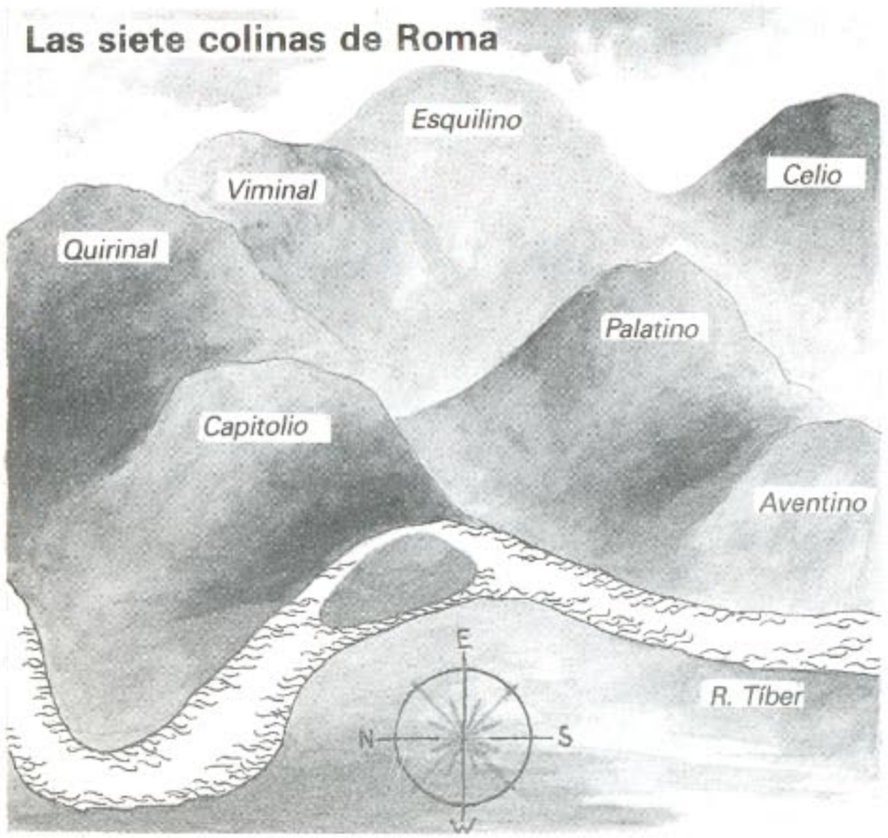
La historia de Roma es larga. Ahora verás cómo una pequeña ciudad-estado se convirtió en un gran Imperio, cómo fue gobernado el Imperio por los césares durante cientos de años, y cómo al fin se hundió. Verás también lo que hicieron a los pueblos sobre los que gobernaron, como por ejemplo los pueblos de España. Verás así romanos malos y romanos buenos. Los mejores de los romanos, los hombres que hicieron tan grande a Roma, aquellos a los que hoy recordamos como auténticos romanos, fueron gente que tuvo la fortaleza, disciplina y todas las demás cualidades necesarias, junto a un gran sentido común y práctico, para lograr que las cosas funcionaran.

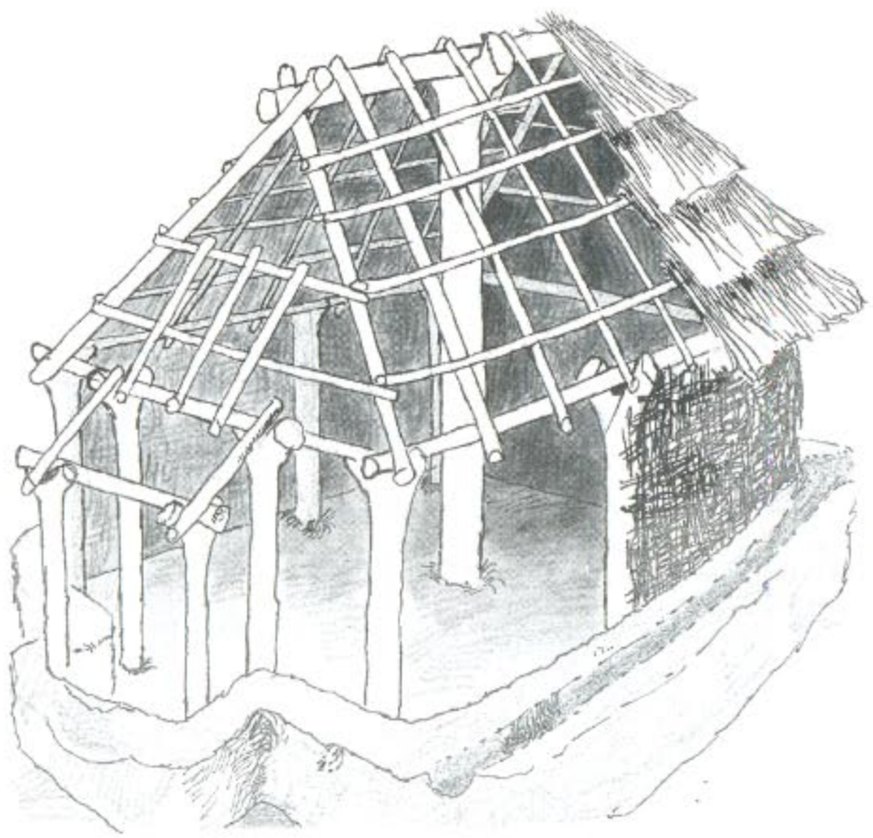
La fotografía en color es del castillo de St. Angelo, en Roma. Hoy día es un museo. Ha habido diversas interpretaciones en torno a su aspecto original, siendo una de ellas la que aparece en la fotografía en blanco y negro.



A los romanos les gustaba recordar los orígenes de su ciudad. La loba de bronce se hizo al principio del período republicano, aunque los gemelos no se añadieron hasta casi 2.000 años más tarde.

abajo: Pensemos lo que pensemos acerca de las leyendas, un asentamiento entre colinas y junto al cruce de un río tiene bastante sentido. En el monte Palatino los arqueológos han encontrado restos de cabañas que debieron ser aproximadamente como muestra la reconstrucción. Quizá procedan de la época en la que según se dice fundó Rómulo la ciudad, en el 753 a.C.





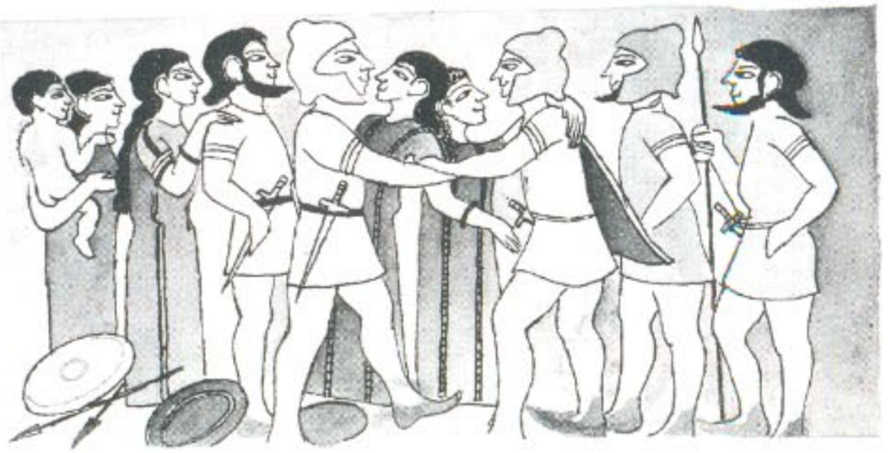
Los héroes de la antigua Roma

Probablemente has oído ya las famosas historias de los primeros días de Roma, historias acerca de algunas gentes como Rómulo y Remo, o Lucrecia y Horacio. Estas son algunas de las leyendas más famosas del mundo. Quizá sólo son eso... leyendas. Incluso el historiador romano Livio, cuando las escribió, dijo que nadie podía estar seguro de que fueran historias verdaderas. Pero aún así, merece la pena pensar en estas historias, porque son aquellas que a los romanos les gustaban. Ciertas o no, muestran cómo deberían comportarse los romanos. Cada una tiene su moraleja, cada historia es una especie de parábola que entendían los romanos.

Cómo empezó la ciudad

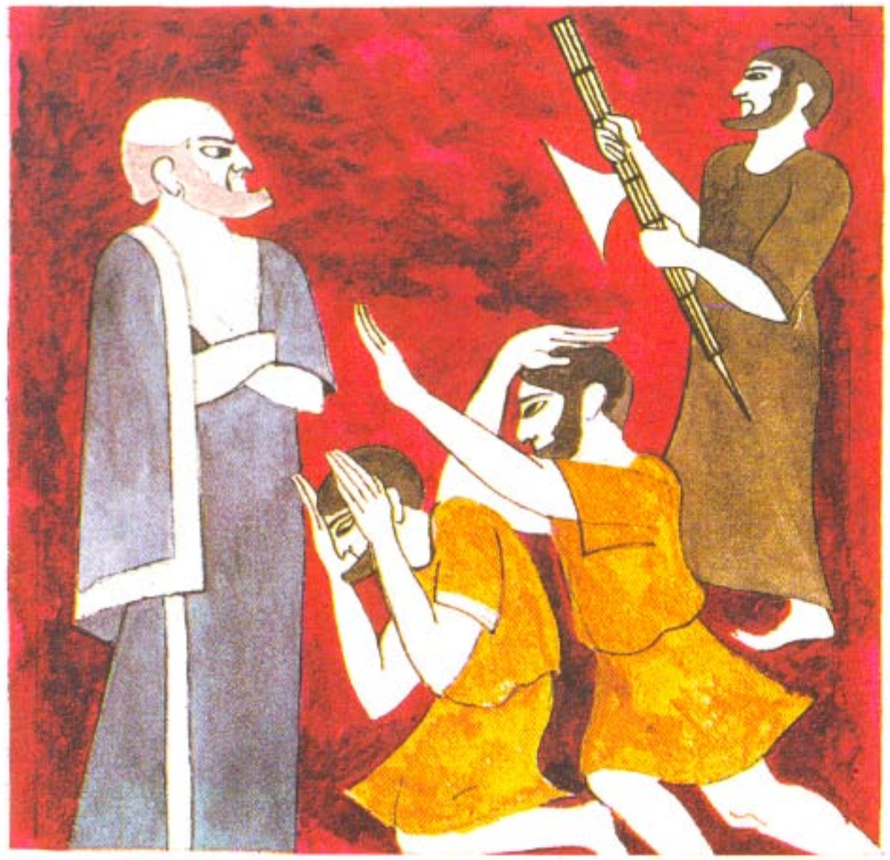
Los gemelos Rómulo y Remo, fundadores de Roma, fueron alimentados por una loba. *Los romanos son hermanos de leche de los lobos, y deben mostrar su mismo valor y fiereza.* Rómulo empezó a construir Roma, pero Remo se burló de él e infringió la prohibición de saltar sobre la muralla romana. Rómulo entonces lo mató allí mismo. *Incuso si tu hermano gemelo se vuelve contra Roma, tu deber es matarlo.*

Los primeros romanos eran todos hombres, la mayoría de ellos forajidos, y como necesitaban esposas, raptaron a unas mujeres que pertenecían a la nación sabina. Así estalló una guerra que sólo se detuvo cuando las mujeres irrumpieron entre los dos ejércitos y les pidieron a sus maridos, padres y hermanos que dejaran de luchar entre sí. Después de todo esto, los romanos y los sabinos se hicieron buenos amigos. *Roma trabará gustosa amistad y alianza con un enemigo honorable.*



Cómo empezó la república

Muchos años después de la época de Rómulo los romanos tuvieron unos reyes malvados que pertenecían a la familia de Tarquinio. Según se cuenta, uno de ellos deshonró a una dama de la nobleza romana, llamada Lucrecia, que se mató antes que soportar esta vergüenza. Los romanos al ver esto



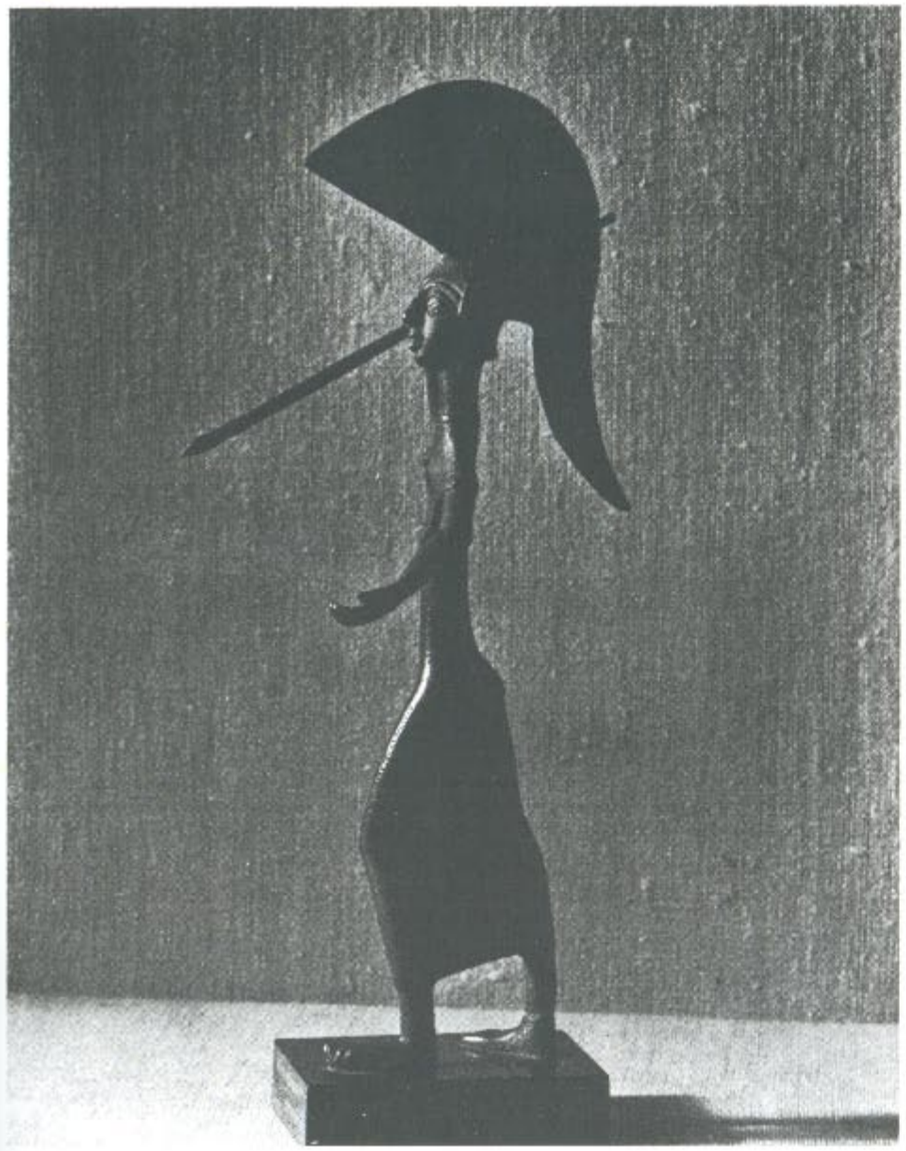
se alzaron y expulsaron al rey y a su familia. *Un romano prefiere la muerte al deshonor. Los romanos son hombres libres, y por tanto no servirán a un rey.*

Entonces eligieron dos hombres llamados cónsules para que gobernaran y el cónsul Bruto, que descubrió una conspiración para traer de vuelta al rey Tarquino, condenó a los traidores a muerte, pese a que incluso sus propios hijos se encontraban entre ellos. *Un romano ama la justicia y la libertad de Roma incluso más que a sus propios hijos.*

Cómo se defendía la república

Tarquinio consiguió ayuda de un poderoso rey de los etruscos. Roma entonces no estaba aún bien preparada para luchar, pero fue salvada por Horacio, que defendió un puente él sólo contra todo el ejército etrusco. Cuando el puente quedó destruido tras él, se negó a rendirse, lanzándose al agua y volvió a Roma nadando con toda su armadura. *Un romano se enfrentará a cualquiera, aunque le saque ventaja, por el bien de Roma, y nunca se rendirá.*

El rey etrusco sitió Roma y parecía que iba a matar de hambre a los romanos. Por eso algunos jóvenes de entre éstos juraron que lo matarían. El primero que lo intentó, Cayo Mucio, fue capturado por los etruscos. El rey le amenazó con torturarlo a menos que le contara todo lo que sabía sobre Roma, y Cayo le demostró lo poco que le importaba el

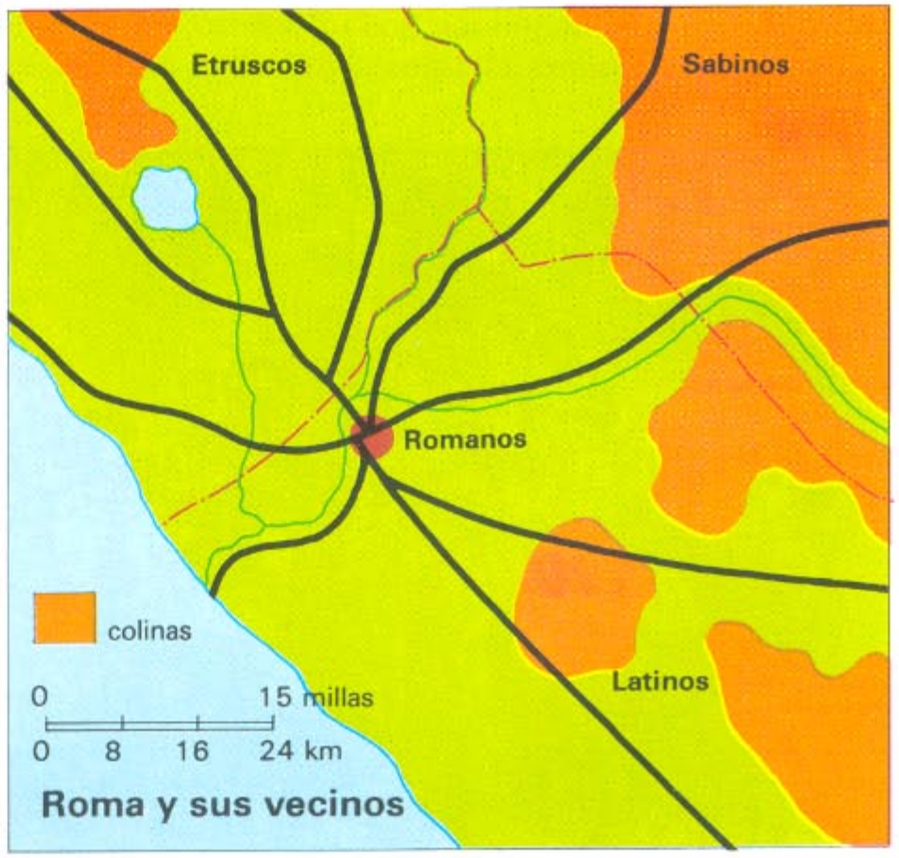


Minerva, diosa de la sabiduría, proporcionaba su protección en las guerras. Esta estatuilla etrusca de bronce de 22 cm. fue hecha hacia la época en la que según se dice gobernaban en Roma los Tarquinos.

dolor metiendo la mano en el fuego hasta que se consumió por completo. El rey entonces, admirado de su valor, lo dejó libre, y a cambio Cayo le advirtió que muchos otros romanos tratarían pronto de matarlo. El rey comprendió con esto que era inútil tratar de conquistar a un pueblo así, e hizo a continuación las paces con Roma. *Los romanos desprecian el dolor y soportarán por Roma lo que sea necesario. Un romano tratará honorablemente a un enemigo honorable. El valor y la resolución pueden vencer, incluso cuando todo parece perdido.*

Estas son algunas de las famosas leyendas que tratan sobre la antigua Roma. No son las únicas, pero te muestran cómo esperaban los romanos que se comportaran sus héroes. Este era el tipo de comportamiento que debía tratar de imitar un romano.

Podrá decir que estos héroes romanos son demasiado valerosos para ser reales, que no son humanos y que no puedes esperar que la gente se comporte así. Desde luego, había muchos romanos que no se comportaban en lo más mínimo como estos héroes, y hubo ocasiones en que parecía como si hubiera muy pocos romanos que creyeran en realidad en las cualidades que hemos mencionado en la página 4. Eso es cierto. Pero cuando leas algunas de las cosas que hicieron los romanos realmente, no ya simples historias, sino hechos, te acordarás de lo que hemos estado explicando en estas últimas páginas.

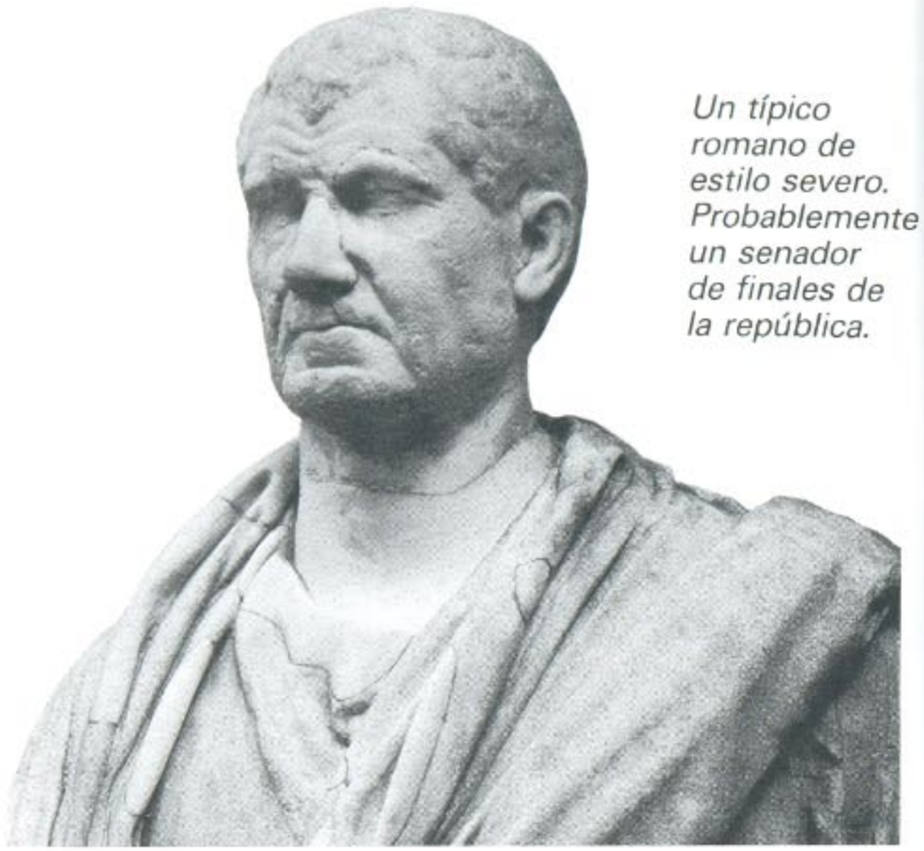


Muchos caminos, más tarde reemplazados por las vías o carreteras, procedían de diversas direcciones y convergían en Roma.

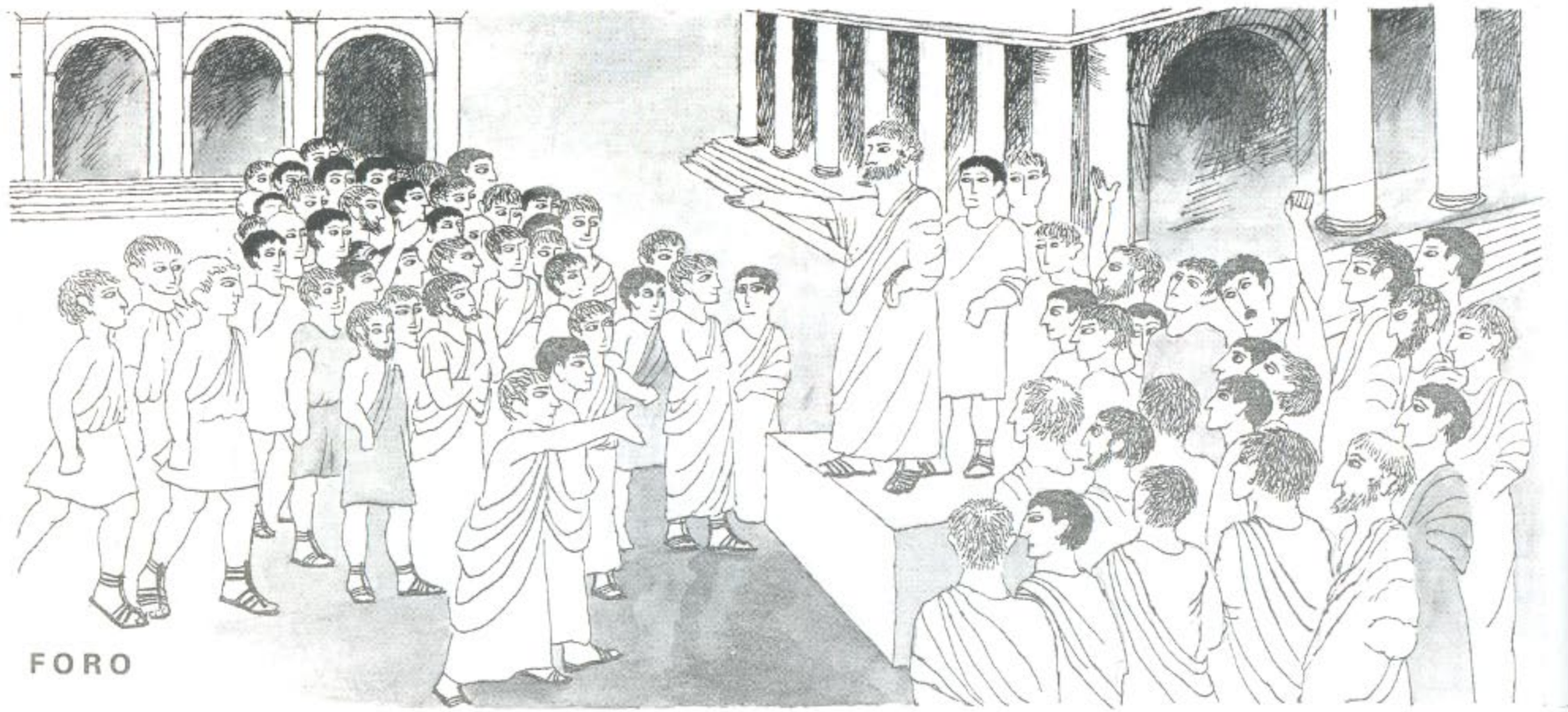
SPQR

Hoy día, si viéramos las letras SAR escritas en algún sitio, por ejemplo en el periódico, sabríamos que se refieren al rey. Esas letras quieren decir "Su Alteza Real", porque en España tenemos un rey que es una de las personas principales del país. Los romanos también tenían este tipo de letras para referirse a las cosas relacionadas con el Estado, y las letras romanas SPQR querían decir "Senatus Populus Que Romanus». En castellano eso quiere decir «El Senado y el Pueblo de Roma», ya que después de que expulsaron a Tarquinio, en el año 510 a.C., los romanos estaban decididos a no tener que obedecer nunca más a ningún rey.

El pueblo romano, todos los ciudadanos libres de Roma, se reunían en la plaza principal de la ciudad, que se llamaba Foro. Aquí escuchaban los discursos y votaban cualquier ley que se les propusiera. También votaban a los magistrados que querían que les gobernaran cada año. Así puedes entender por qué el "Pueblo de Roma" aparecía en las siglas SPQR.



Un típico romano de estilo severo. Probablemente un senador de finales de la república.



FORO

¿Pero qué hay del "Senado"? Este era un consejo formado por los hombres principales de las familias más antiguas y más importantes de Roma. Estos, cuando se reunían, se suponía que se sentaban a pensar las cosas con mucha calma y cuidado. Como tenían mucho tiempo, y como en teoría eran los hombres más sensatos y más sabios y los que tenían más experiencia, podían discutir las cosas mucho mejor que una multitud de miles de ciudadanos puestos de pie en el Foro. Así que el Senado estaba organizado para dar buenos consejos y sugerir leyes buenas a todo el pueblo.

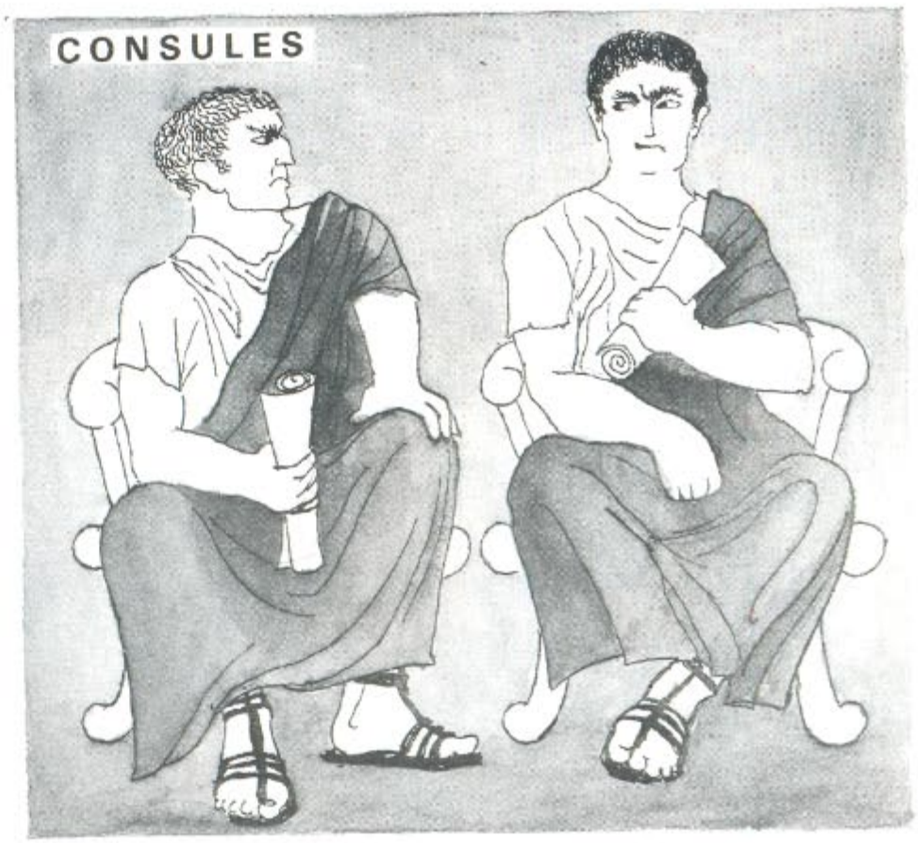
Los miembros de las familias que se sentaban en el Senado, pertenecían a las "mejores" familias, llamadas patricios. Y los otros, los romanos "comunes", se llamaban plebeyos.

Pero había algunas labores que antes realizaba el rey y que no podía desarrollar un gran grupo de gente, ni tampoco el grupo más pequeño del Senado. El rey llevaba a cabo algunos servicios religiosos, era juez principal y general en jefe, y vigilaba que los demás magistrados y oficiales hicieran bien su trabajo. Y ahora que los romanos habían decidido no tener más reyes, ¿quién podría encargarse de todas estas tareas?

Fue fácil encontrar un hombre que se ocupara de los servicios religiosos que antes realizaba el rey. A éste lo llamaron el "Rey de los Rituales". Se limitaba a realizar sacrificios en los altares y no tenía otros poderes.

Pero las otras tareas suponían un problema mayor. Los romanos temían que si daban todos esos poderes a un solo hombre podría volverse demasiado fuerte y ambicioso, y tratar de convertirse en rey.

Sin embargo, los romanos eran muy hábiles resolviendo los problemas prácticos. En vez de elegir un hombre, eligieron dos. Así compartirían el poder y las tareas que había llevado a cabo el rey, y cada uno vigilaría al otro para asegurarse de que no se hacía demasiado poderoso. Estos dos hombres cambiaban cada año, con lo que había incluso menos oportunidades de que acumularan demasiado poder. Estos hombres, los dos más importantes de la República romana, se llamaban cónsules, como dijimos antes.

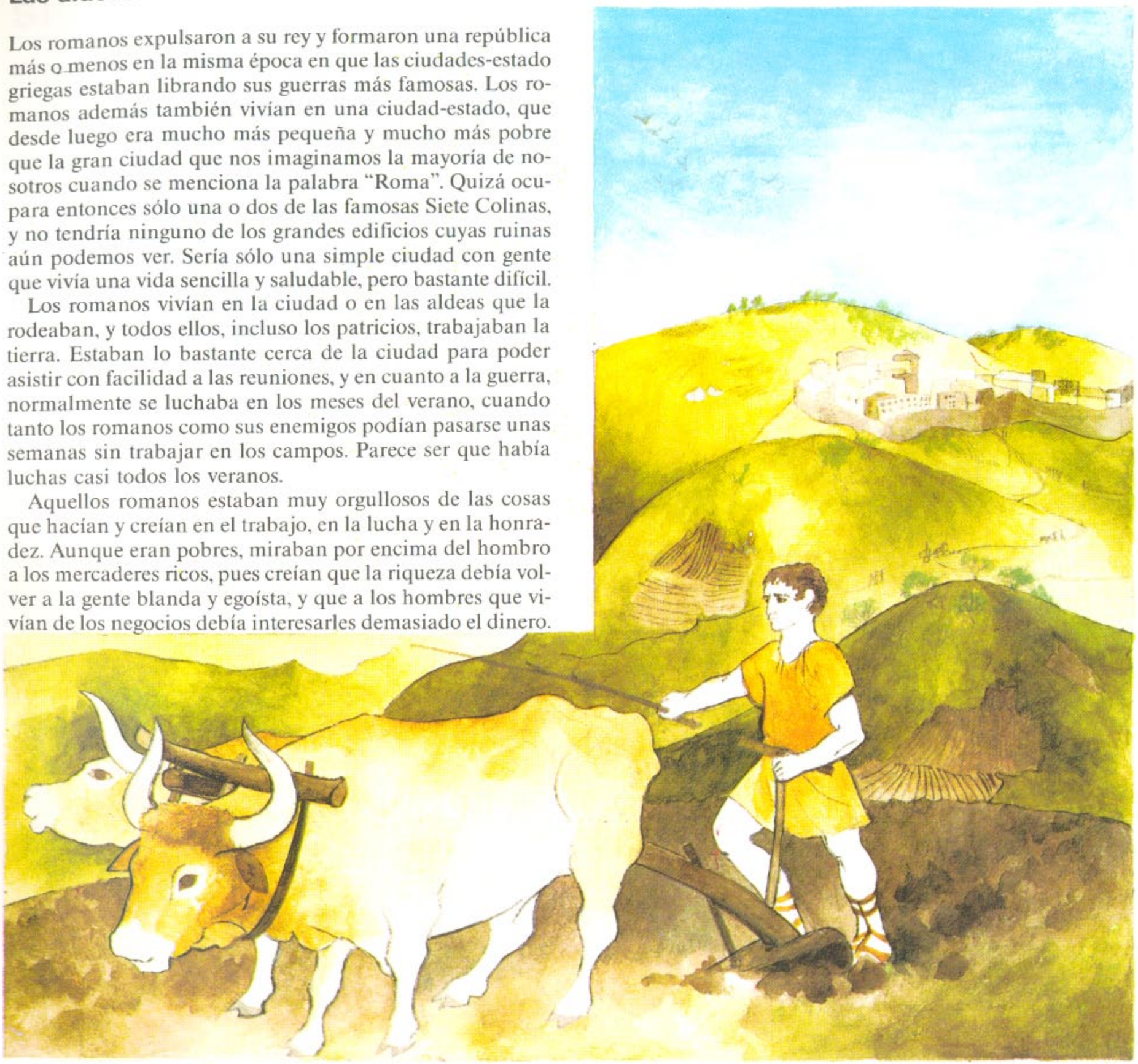


Las aldeas

Los romanos expulsaron a su rey y formaron una república más o menos en la misma época en que las ciudades-estado griegas estaban librando sus guerras más famosas. Los romanos además también vivían en una ciudad-estado, que desde luego era mucho más pequeña y mucho más pobre que la gran ciudad que nos imaginamos la mayoría de nosotros cuando se menciona la palabra "Roma". Quizá ocupara entonces sólo una o dos de las famosas Siete Colinas, y no tendría ninguno de los grandes edificios cuyas ruinas aún podemos ver. Sería sólo una simple ciudad con gente que vivía una vida sencilla y saludable, pero bastante difícil.

Los romanos vivían en la ciudad o en las aldeas que la rodeaban, y todos ellos, incluso los patricios, trabajaban la tierra. Estaban lo bastante cerca de la ciudad para poder asistir con facilidad a las reuniones, y en cuanto a la guerra, normalmente se luchaba en los meses del verano, cuando tanto los romanos como sus enemigos podían pasarse unas semanas sin trabajar en los campos. Parece ser que había luchas casi todos los veranos.

Aquellos romanos estaban muy orgullosos de las cosas que hacían y creían en el trabajo, en la lucha y en la honradez. Aunque eran pobres, miraban por encima del hombro a los mercaderes ricos, pues creían que la riqueza debía volver a la gente blanda y egoísta, y que a los hombres que vivían de los negocios debía interesarles demasiado el dinero.



Patricios y plebeyos

Había un serio error en la organización de la República romana, que causó muchos problemas una y otra vez durante cientos de años. Era algo que hoy día llamamos "diferencia de clases", la sensación de que unos eran de "clase alta" y por tanto superiores, mientras que otros eran de "clase baja" y por tanto inferiores.

En Roma, como sabes, el Senado estaba compuesto por miembros de las familias "antiguas", cuyos antepasados habían ayudado a Rómulo, o eso decían, a fundar la ciudad de Roma. Siempre habían sido ellos los jefes, habían tomado la iniciativa de expulsar al rey, y ahora además gobernaban Roma. Los cónsules y los demás magistrados, al igual que el Senado, eran todos patricios. Los plebeyos podían votar en el Foro, pero esto no siempre bastaba para protegerles cuando los patricios actuaban en su propio interés.

Sólo quince años después de que comenzara la República hubo ya un serio problema. Por culpa de las malas cosechas, muchos campesinos plebeyos habían pedido dinero prestado a los patricios, y luego no habían podido devolverlo. Las leyes acerca de las deudas eran muy severas, pues los deudores podían ser metidos en prisión e incluso ser vendidos como esclavos. Algunos patricios no dieron muestras de compasión, ni siquiera con hombres que no habían podido devolverlo porque habían estado en el ejército, luchando por Roma, en vez de estar trabajando en sus campos. Los patricios del Senado no hacían más que prometer que harían algo para aliviar la situación de los plebeyos, pero luego rompían sus promesas. Al final los plebeyos pasaron a la acción, y se amotinaron.

Los plebeyos eran soldados además de campesinos, y cuando volvieron de una batalla y se encontraron con que las cosas seguían tan mal como siempre, se marcharon de Roma y acamparon en una colina situada a unos tres kilómetros de distancia. Además dijeron que allí fundarían una nueva ciudad, y que dejarían que los patricios se quedaran Roma para ellos solos. Algunos patricios hubieran estado dispuestos a hacerlo así, pues pensaban que Roma estaría mejor sin esos plebeyos que llena de ellos. Pero la mayoría, recobrando el sentido común, mandó un mensaje a los plebeyos, pidiéndoles que volvieran y prometiéndoles que esta vez habría dos magistrados completamente nuevos, que serían plebeyos y elegidos por los plebeyos, destinados a protegerles, y además que tendrían un poder absoluto para el desempeño de sus funciones.

Estos dos hombres se llamaron "Tribunos de la Plebe", de modo que los plebeyos, finalmente, habían ganado en esto. En realidad no querían dejar Roma, del mismo modo que los patricios no querían perder unos hombres tan útiles. Así que cuando se eligieron los dos primeros tribunos, los plebeyos volvieron a Roma.

Los tribunos fueron después de todo muy importantes. Al principio sólo había dos, pero a medida que fue creciendo la ciudad, se eligieron en mayor número. Durante el año que permanecían en el cargo, cada tribuno era sagrado y nadie se atrevía a hacerle daño. Un tribuno no podía *hacer propuestas* de leyes pero sí podía *paralizar* aquellas cosas que pareciera que podían perjudicar a cualquiera de los plebeyos. Todo lo que tenía que hacer era decir "¡Veto!", que en latín quería decir "Lo prohibo" para que no se siguiera adelante.

La idea de tener tribunos funcionó bien. Desde luego, eso no quiere decir que todos los romanos vivieran juntos y felices por siempre jamás; esto no es un cuento de hadas. Seguía habiendo momentos en que los patricios y los plebe-

TRIBUNOS

yos se odiaban mutuamente, y a veces eran elegidos como tribunos hombres estúpidos, débiles o malvados. En cualquier caso, los patricios no volvieron a provocar que los plebeyos se amotinaran. El peligro de que Roma se desgarrara desde dentro, se había superado.

El dictador

Otro problema era el peligro de la guerra que a veces amenazaba a Roma. Y a veces este peligro era tan grande que sólo la acción más rápida y valerosa podía salvarla. En momentos así el Senado elegía a un hombre que tuviera un poder absoluto sobre todos los romanos. Este hombre se llamaba dictador, y desobedecer sus órdenes suponía la muerte. El dictador era el dueño absoluto de Roma hasta que salvaba la ciudad, y luego su deber era devolver los poderes a los cónsules, al Senado y al Pueblo de Roma.

La historia de Cincinato muestra cómo se suponía que debía comportarse un dictador. Sucedió que uno de los cónsules romanos había sido atrapado por el enemigo, que lo había rodeado, y pronto tendría que rendirse. La situación era desesperada. Cuando el Senado se enteró de la noticia, decidieron que tenían que elegir un dictador, y que Cincinato era el hombre adecuado para ello. Este era un patricio, y él mismo había sido cónsul antes, pero no era rico. Cuando llegaron a su casa los mensajeros del Senado, se encontraba ocupado en arar sus campos. Los mensajeros le dijeron que el Senado le había elegido dictador durante seis meses. Al momento reunió a los hombres que quedaban en Roma... en su mayoría demasiado viejos o demasiado jóvenes para estar en el ejército. Con estos hombres como soldados, marchó rápidamente a donde estaba rodeado el ejército romano. En silencio, por la noche, Cincinato y sus hombres rodearon a los enemigos, los cuales cuando llegó el día, se encontraron atrapados entre dos ejércitos romanos. Entonces, al verse atacados por ambos lados, se rindieron. El dictador había convertido así un desastre en una gran victoria. Regresando a Roma, devolvió sus poderes al Senado, después de ser dictador durante sólo quince días, y luego volvió a sus tierras y siguió arando.

Esta historia, como otras muchas de la antigua Roma, puede ser completamente cierta, o también puede no serlo. Pero los romanos solían pensar en Cincinato como el ejemplo perfecto de cómo un dictador debía comportarse.

De ciudad-estado a Imperio

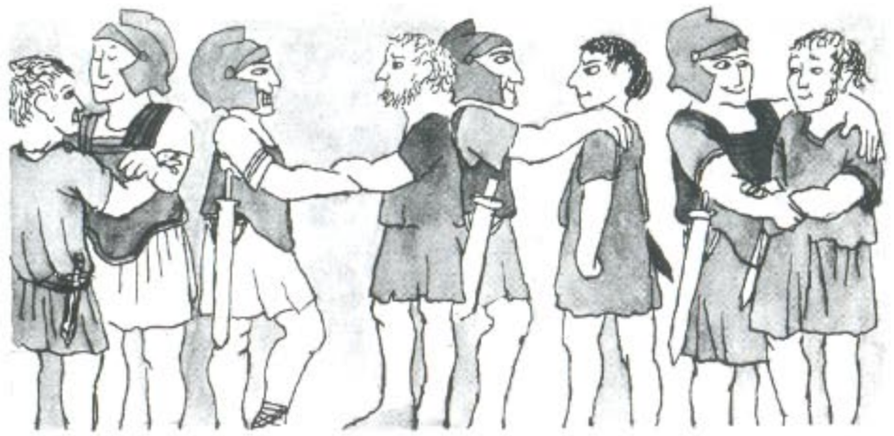
Roma empieza a extenderse

Hasta ahora hemos estado hablando de una pequeña ciudad-estado en la que la mayoría de los ciudadanos, casi todos campesinos, llevaban una vida difícil y sencilla, cultivando y luchando. Pero 250 años después de fundar la República, la ciudad de Roma era dueña de toda Italia. Esto no pasó de repente, y los romanos no planearon deliberadamente conquistar Italia; ni siquiera iniciaron las guerras. Los romanos extendieron su poder sobre Italia porque una vez que se metían en una guerra nunca eran derrotados, y cuando la terminaban solían convencer a sus enemigos de que estarían mucho mejor unidos a Roma.

Ya sabes lo bastante sobre los romanos como para poder comprender que eran unos guerreros muy obstinados. No siempre ganaban sus batallas, y sus generales no siempre eran muy listos; sin embargo, los soldados romanos siempre luchaban con gran ferocidad. E incluso aunque les vencieran en alguna batalla, volvían a por sus enemigos hasta que al fin vencían.

Ganar una guerra es una cosa. Vivir bien en paz, otra, y normalmente mucho más difícil. Pero lo que es realmente complicado es hacer que el perdedor esté de acuerdo con lo que quiere el ganador, y no siga siendo un enemigo que espera una oportunidad para vengarse. A los romanos se les daba mejor que a otros pueblos (los griegos por ejemplo) hacerse amigos de sus enemigos, igual que habían hecho con los sabinos, como cuenta la vieja historia que hemos mencionado en la página 7. A menudo los romanos pedían a los enemigos a los que vencían que se convirtieran en sus aliados, y que ayudaran a Roma en la guerra contra cualquier otro pueblo. Estos aliados seguían gobernando sus propias ciudades como siempre, y obtenían derechos especiales en la propia Roma, aunque no fueran auténticos ciudadanos romanos.

Este pacto no siempre funcionaba. A veces los antiguos enemigos sólo fingían aliarse con ellos y esperaban la mejor oportunidad para volver a luchar contra Roma. Otras veces los romanos querían aprovecharse y ofendían a sus



aliados. Sin embargo, en general, tenían un buen sentido del juego limpio y trataban a sus aliados con justicia. Pero como verás, pronto llegaría el momento en que Roma se encontraría en tal apuro que sólo la lealtad de sus aliados podría salvarla de perecer.

Otra cosa que solían hacer los romanos cuando ganaban una guerra era fundar una colonia. Pero una colonia romana no se parecía en nada a una colonia griega; de hecho, era casi lo contrario. Los romanos cogían tierra suficiente para una ciudad y sus campos. Entonces un cuerpo de sol-

dados romanos se trasladaba a esta tierra, construía casas, recibía lotes de tierra y vivía en la nueva ciudad. Estos soldados, por supuesto, eran auténticos ciudadanos de Roma, y siempre seguían siendo ciudadanos romanos, pudiendo volver a Roma y votar en las elecciones, por ejemplo, cuando quisieran. Implantando colonias así, los romanos sentían que tenían un grupo de su propia gente viviendo entre sus nuevos aliados. De este modo, podían fiarse de estos colonos para que mantuvieran a los vencidos leales a Roma y, si las cosas se ponían mal, para que lucharan por Roma.

Las colonias eran también muy útiles como medio para encontrar tierra para más gente a medida que crecía la población. En esto parece que es casi lo único en lo que coincidían las ideas romanas y griegas acerca de las colonias.

Durante los 250 años que van desde la fundación de la República hasta que Roma se convirtiera en la dueña de Italia, los romanos lucharon contra muchos enemigos, y a menudo tenían serias dificultades para vencer. Uno de los peores momentos fue en el año 390 a.C., cuando los galos, bárbaros salvajes y fuertes del norte de los Alpes, entraron en Italia. Los galos derrotaron al ejército romano y destruyeron toda la ciudad excepto la ciudadela del Monte Capitolino. Entonces los senadores, negándose a ir al Capitolio donde no serían más que bocas inútiles, permanecieron en la ciudad desierta y condenada, sentados en silencio hasta que los galos irrumpieron en ella y los mataron. Al final los romanos tuvieron que entregarles mucho oro a los galos antes de que se marcharan. Pero, como sabes, nunca aceptaban la derrota, y muy pronto volvieron a luchar contra los galos y los vencieron. Los galos se retiraron entonces lejos de Roma y se asentaron en el valle del río Po.

La mayor parte del tiempo, Roma luchaba contra otras ciudades y pueblos del centro de Italia... los latinos, los etruscos, los ecuos, los volscos, los samnitas. Antes o después, los romanos vencían siempre. Y tenían suerte en una cosa: sus enemigos normalmente luchaban con ellos de uno en uno, de forma que Roma nunca se veía sobrepasada por el número. Poco a poco, Italia cayó bajo el control de Roma, como verás en el mapa, y para el 280 a.C. los romanos empezaron a tropezar con las ricas ciudades griegas del sur de Italia, que habían ido creciendo a partir de las colonias fundadas por los griegos cientos de años antes.

Pronto estalló un conflicto entre Roma y la ciudad griega de Taras, o Tarento. Los hombres de Tarento sabían que Roma era demasiado fuerte para ellos, así que pidieron ayuda a Grecia. Por entonces hacía ya más de cuarenta años que había muerto Alejandro Magno, y su gran imperio había sido dividido entre sus generales, que se habían convertido en reyes. En ese tiempo había un rey joven que vivía en un reino al norte de Grecia, y que se sabía que era un buen general. Su nombre era Pirro, y su reino se llamaba Epiro. Este fue el hombre que acudió a ayudar a Tarento contra Roma.

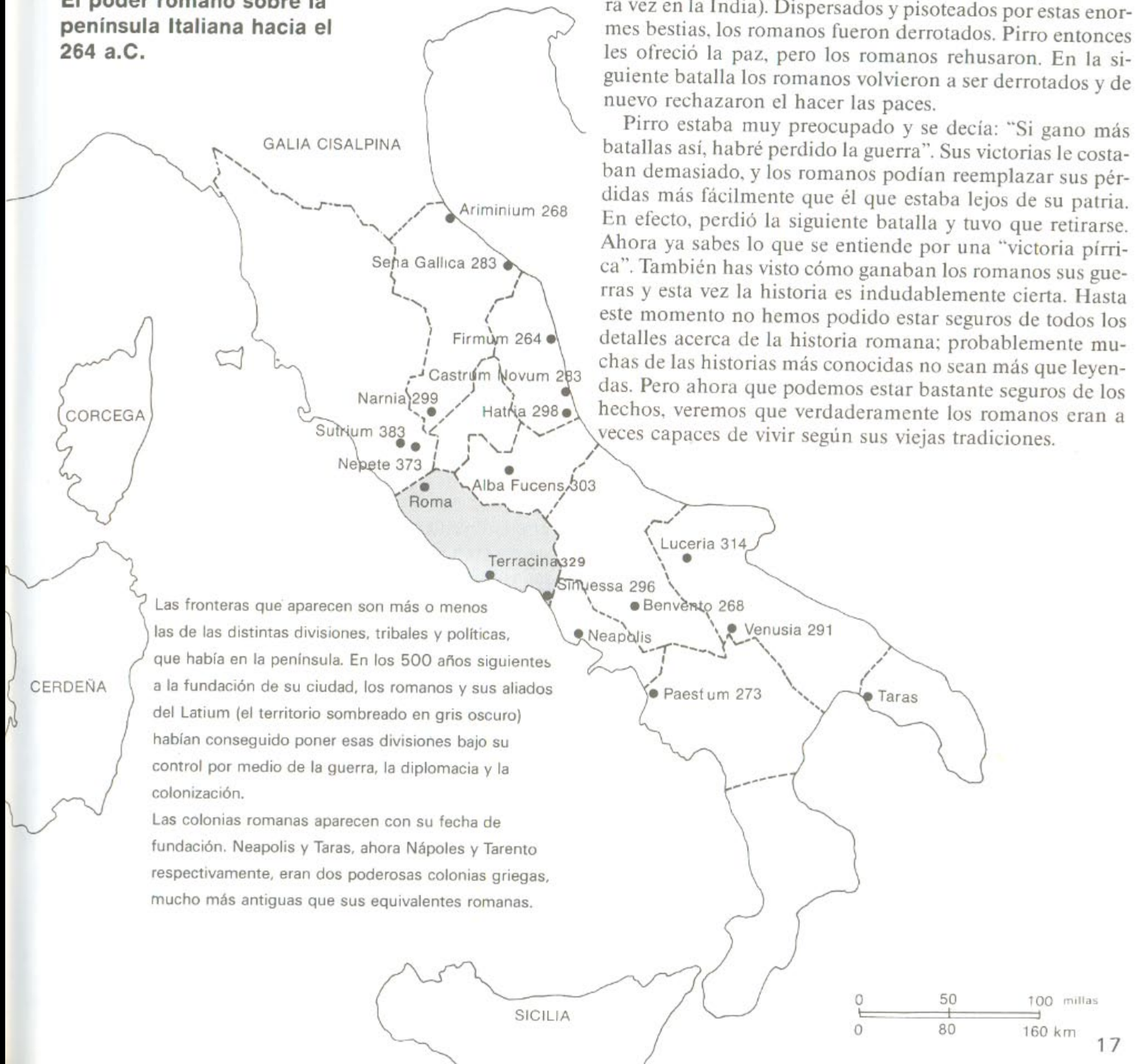
Pirro había aprendido muchas cosas sobre la guerra de los generales que habían conocido a Alejandro. Era un rey helenístico y estaba al tanto de las últimas ideas y de las nuevas armas que se podían utilizar. Una de éstas, eran unas bestias enormes que aterrorizaban a los soldados romanos, y que parecían una especie de vacas con dos cuernos creciendo en la parte de abajo de la cabeza, en vez de en la parte de arriba. (Puedes adivinar fácilmente lo que

El templo de Poseidón, dios griego del mar. Fue construido en el s. V a.C. por los colonos griegos de Poseidonia, a la que los romanos más tarde rebautizaron con el nombre de Paestum.

eran... unos animales que Alejandro había visto por primera vez en la India). Dispersados y pisoteados por estas enormes bestias, los romanos fueron derrotados. Pirro entonces les ofreció la paz, pero los romanos rehusaron. En la siguiente batalla los romanos volvieron a ser derrotados y de nuevo rechazaron el hacer las paces.

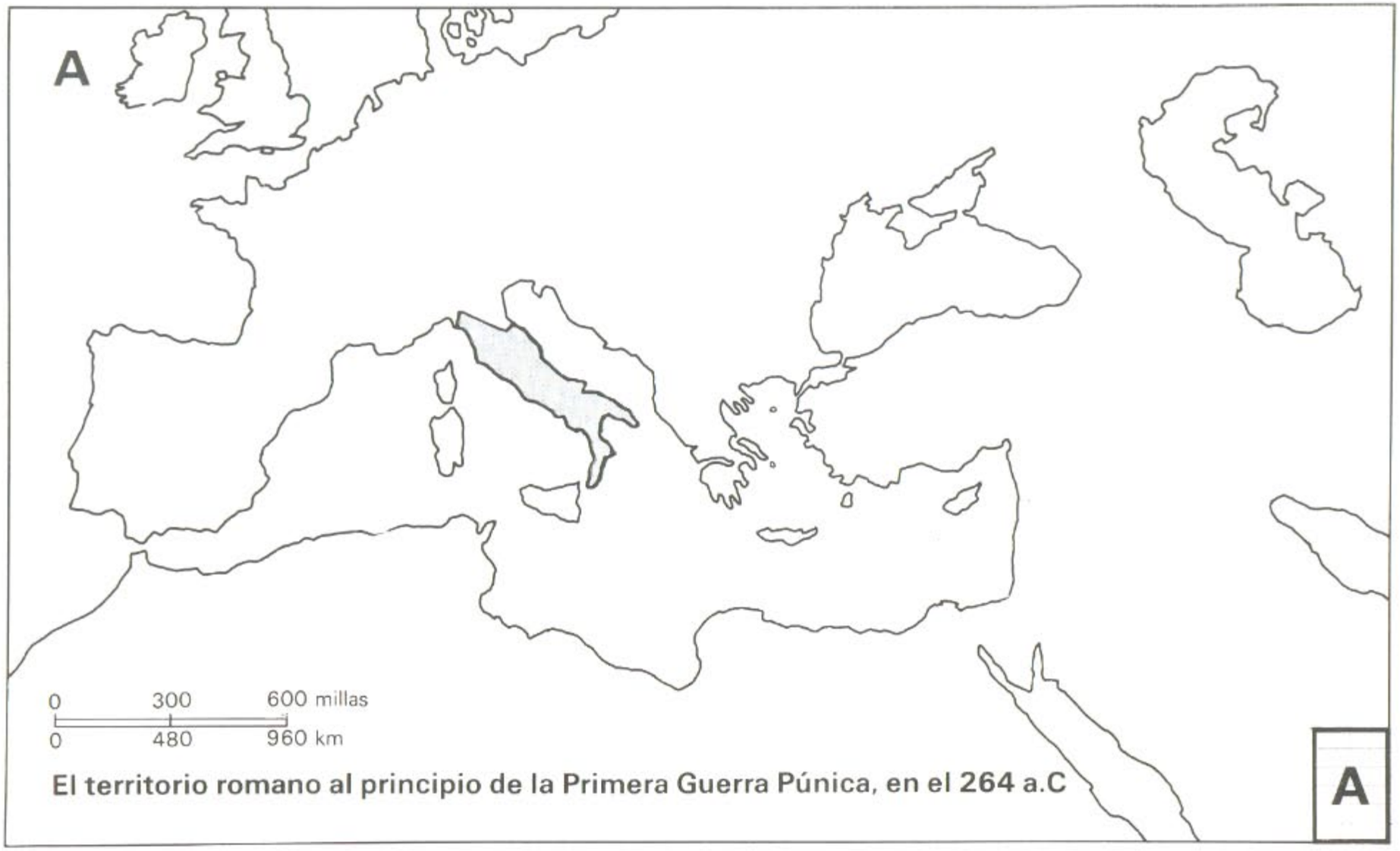
Pirro estaba muy preocupado y se decía: "Si gano más batallas así, habré perdido la guerra". Sus victorias le costaban demasiado, y los romanos podían reemplazar sus pérdidas más fácilmente que él que estaba lejos de su patria. En efecto, perdió la siguiente batalla y tuvo que retirarse. Ahora ya sabes lo que se entiende por una "victoria pírrica". También has visto cómo ganaban los romanos sus guerras y esta vez la historia es indudablemente cierta. Hasta este momento no hemos podido estar seguros de todos los detalles acerca de la historia romana; probablemente muchas de las historias más conocidas no sean más que leyendas. Pero ahora que podemos estar bastante seguros de los hechos, veremos que verdaderamente los romanos eran a veces capaces de vivir según sus viejas tradiciones.

El poder romano sobre la península Italiana hacia el 264 a.C.



Las fronteras que aparecen son más o menos las de las distintas divisiones, tribales y políticas, que había en la península. En los 500 años siguientes a la fundación de su ciudad, los romanos y sus aliados del Latium (el territorio sombreado en gris oscuro) habían conseguido poner esas divisiones bajo su control por medio de la guerra, la diplomacia y la colonización.

Las colonias romanas aparecen con su fecha de fundación. Neapolis y Taras, ahora Nápoles y Tarento respectivamente, eran dos poderosas colonias griegas, mucho más antiguas que sus equivalentes romanas.



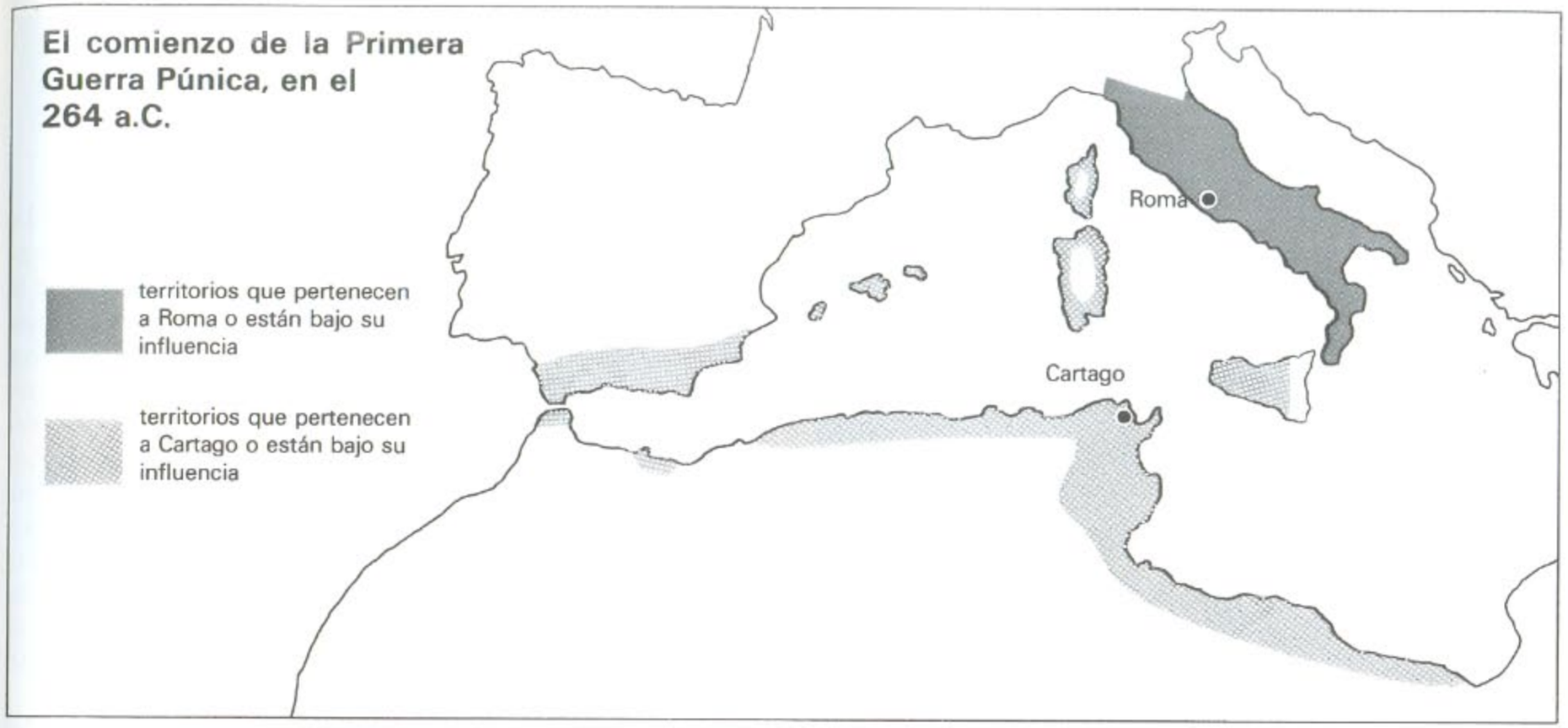
El territorio romano al principio de la Primera Guerra Púnica, en el 264 a.C

Roma contra Cartago: el primer choque

Si miras el primer gráfico y el mapa superior verás cómo Roma había extendido su poder por toda la península de Italia. Si ahora observas el mapa de la página contigua verás lo que queda al sur de la península italiana: primero la isla de Sicilia, y al lado la costa de Africa. Allí era donde se alzaba la gran ciudad de Cartago.

Esta ciudad fue fundada cientos de años antes por gente de Fenicia, y por eso es por lo que se usa a veces la palabra púnicos, o fenicios, para describir a los habitantes de Cartago. Como todos los fenicios, según recordarás, los cartagineses eran muy buenos mercaderes y marineros. Sus naves mercantes comerciaban por todo el Mediterráneo occidental, e incluso iban más allá, por el Atlántico: hasta es posi-

A representa la primera letra de una serie de cinco mapas y gráficos que comparan las dimensiones del Imperio Romano en las diferentes épocas. Los demás aparecen en págs. 24, 25 42 y 43. Los bloques gráficos muestran las mismas áreas del territorio romano que los mapas, sirviendo de término de comparación.



ble que hayan llegado hasta la fría y brumosa Gran Bretaña para comerciar con estaño, pues lo necesitaban para transformar el cobre en bronce. Por eso las galeras púnicas de guerra barrían todos aquellos mares, hundiendo los barcos piratas y expulsando a cualquiera que intentara comerciar allí.

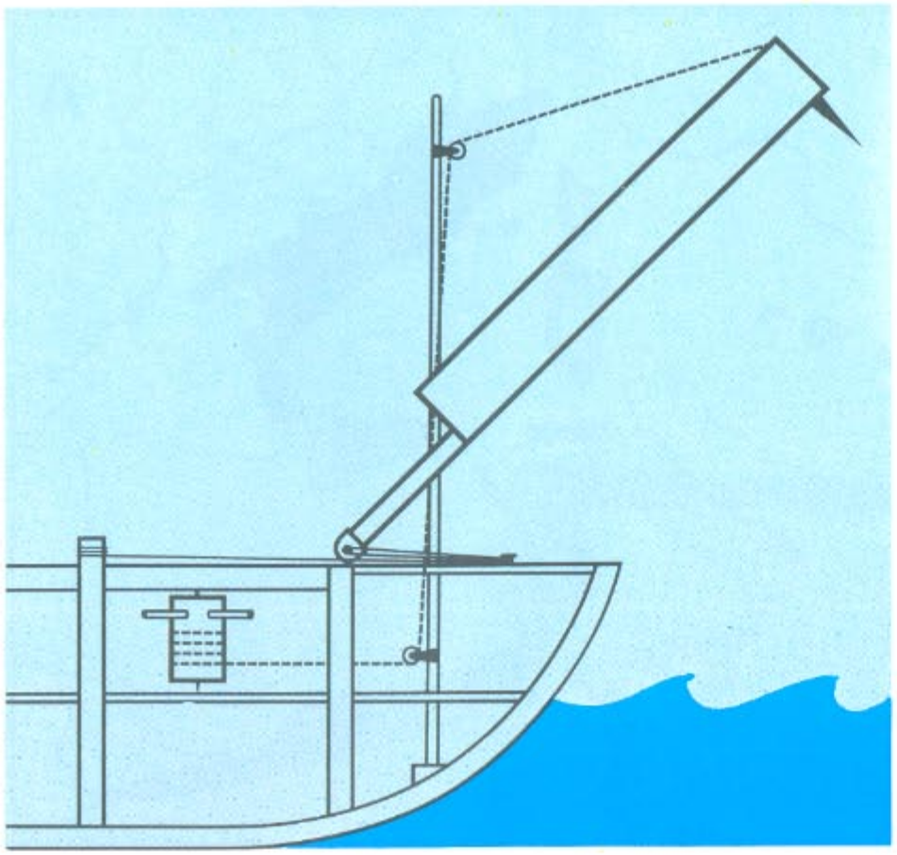
Como sabes, los romanos eran campesinos, no comerciantes. Eran soldados, no marineros. No había ninguna razón para que se pelearan romanos y cartagineses, porque ambos querían cosas completamente diferentes. De hecho, Cartago había ayudado a Roma en una o dos guerras anteriores. Sin embargo, Roma y Cartago acabaron por enfrentarse, y estas Guerras Púnicas, según se llaman, fueron las que convirtieron a Roma en un gran imperio. Pero antes de que esto sucediera, estas guerras casi provocan el fin de Roma.

El enfrentamiento surgió por un problema en Sicilia. Había allí una guerra pequeña, local, hasta que uno de los bandos pidió ayuda a Cartago, y el otro a Roma. Ni Cartago ni Roma tenían en realidad nada que ver con el conflicto, pero en cada ciudad cada gobierno pensó que no podían permitirse el lujo de que pareciera que se echaban atrás, como si tuvieran miedo de proteger a sus amigos o aliados. Así pues, en el 264 a.C., Roma y Cartago entraron en guerra.

Al principio, al igual que la guerra de Atenas y Esparta dos siglos antes, ésta era como una lucha entre una ballena y un elefante. Los cartagineses eran muy fuertes en el mar y los romanos en tierra. A menos que la ballena aprendiera a luchar en tierra o el elefante aprendiera a nadar, parecía que ningún lado podría vencer nunca.

Pero el elefante —Roma— aprendió a nadar.

Los romanos mostraron en aquella ocasión la determinación y el sentido común y práctico que se podría esperar de ellos. Recordarás que cuando hablamos de la batalla de Salamina decíamos que la guerra de galeras requería una gran habilidad por parte de capitanes y remeros. Los romanos sabían esto perfectamente, y sabían también que los cartagineses hundirían sus galeras antes de que los marineros romanos pudieran adquirir la experiencia y habilidad necesarias. Por otro lado, si los romanos conseguían evitar disparos de las catapultas y lograban subir a bordo de la galera enemiga, los soldados romanos podrían vencer a los que iban en las naves cartaginesas. ¿Cómo podrían hacerlo? Ese era el problema.



La respuesta fue: un puente levadizo provisto de un gran pincho. No hay ningún dibujo romano de esta arma, así que el diagrama sólo muestra cómo puede haber estado diseñado el puente. Pero puedes imaginar cómo funcionaba, y cómo hizo las cosas mucho más fáciles para los capitanes romanos.

Incluso con este puente de abordaje, los romanos no lo tuvieron fácil. Todavía no eran muy diestros en el mar, y perdieron muchas galeras en las tormentas. Además, también tuvieron varias derrotas en tierra. Había un general cartaginés muy inteligente, Amílcar Barca, al que le fue bastante bien en Sicilia. Estaba allí el cónsul Régulo, que conducía un ejército para atacar Cartago, y fue hecho prisionero; Régulo, al final, murió como un héroe, pero eso no cambia el hecho de que había sacrificado inútilmente todo un ejército romano. Pero la guerra continuó durante más de veinte años, hasta que Cartago tuvo que admitir su derrota.

En el 241 a.C. se hicieron las paces. Cartago cedió entonces sus derechos sobre Sicilia, y Roma ocupó toda la isla. Cartago además pagó una gran suma de dinero a Roma, como indemnización de guerra.

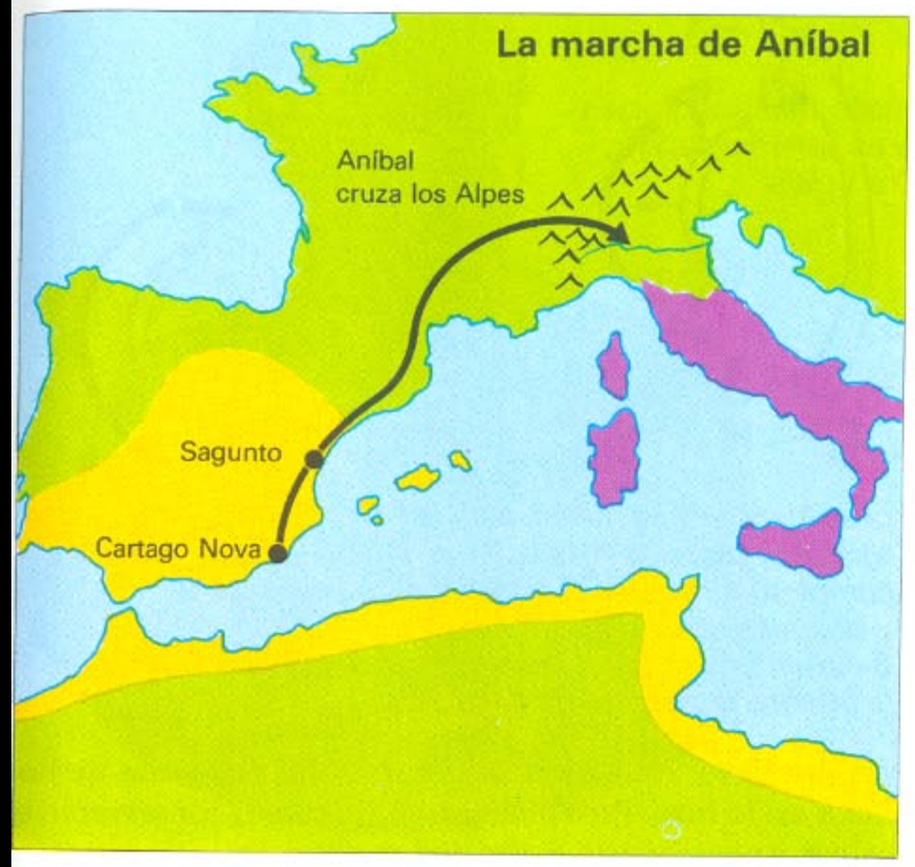
"¡Aníbal a las puertas!"

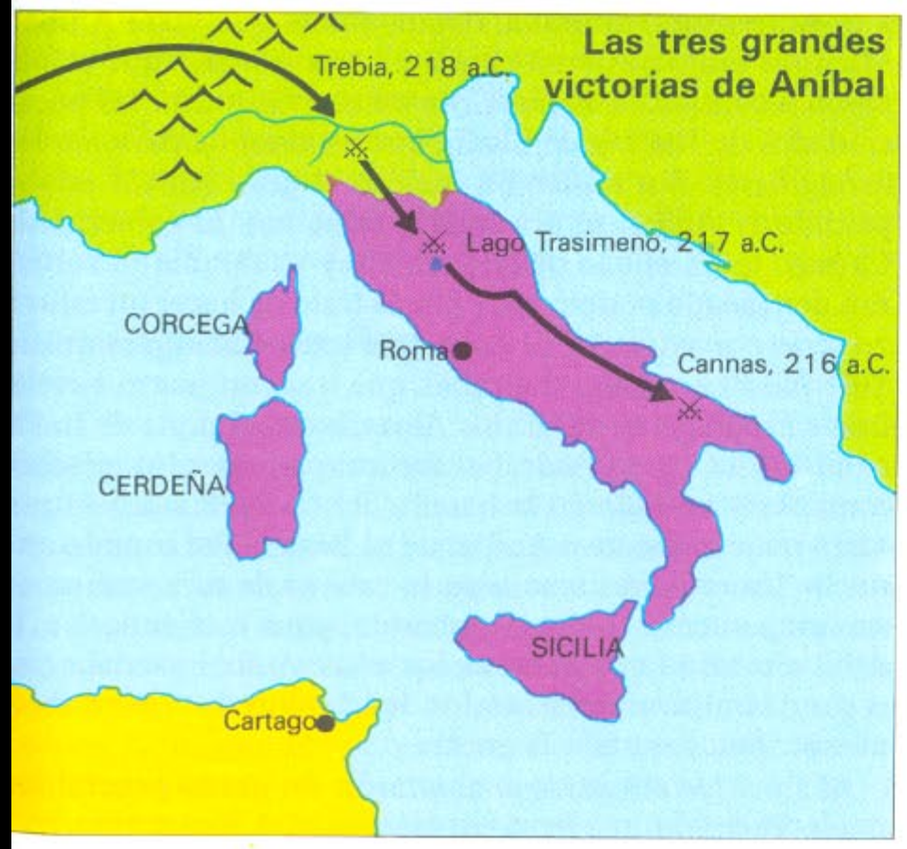
Se había vuelto a la paz, pero ninguno de los dos bandos la quería en realidad. Cartago seguía siendo muy fuerte y pretendía vengarse. El gran general Amílcar llevó un ejército a España, y empezó a fundar ciudades y a vencer a las tribus españolas, hasta que le dio a Cartago un gran imperio en España para resarcirse de la pérdida de Sicilia. Una de sus ciudades se llamó Cartago Nova, y todavía puedes reconocer el nombre de Cartago si miras un mapa moderno de España. Mientras tanto, los romanos también sabían que su paz era sólo una tregua. El Mediterráneo occidental no era lo bastante grande para Roma y Cartago, pues Roma estaba empezando ya a mirar más allá de Italia. Mientras que Cartago ocupaba gran parte de España, Roma ocupó las islas de Córcega y Cerdeña. Era pues una simple cuestión de tiempo que la guerra volviera a estallar.

El mapa superior muestra cuál era la situación en el año 218 a.C., cuando empezó la lucha una vez más. La Segunda Guerra Púnica, la inició el general cartaginés en España, cuando atacó deliberadamente la colonia griega de Sagunto, a la que Roma había prometido protección de forma también deliberada. Este general era un joven de veintinueve años, hijo de Amílcar. Había prometido a su padre continuar la lucha con Roma, y sus planes estaban listos. Se llamaba Aníbal.

Aníbal sabía que la única forma de acabar con Roma era derrotar a los romanos en la propia Italia. Sólo eso destruiría realmente su poder. Esto quería decir que tenía que llevar su ejército a Italia. Pero desde el final de la Primera Guerra Púnica la marina romana era más fuerte que la cartaginesa, así que Aníbal no podía llevar su ejército por mar. Sólo podía hacer una cosa, tenía que llegar por tierra hasta la misma Italia.

En el mapa puedes ver qué ruta siguió Aníbal. Probablemente ya sabes cuál era la parte más difícil de su marcha: el paso de los Alpes. Fue una marcha terrible. Aníbal se aproximó a los Alpes con unos 60.000 hombres, y sólo unos 23.000, eshaustos y medio muertos de hambre, consiguieron llegar a las llanuras del río Po, al norte de Italia.





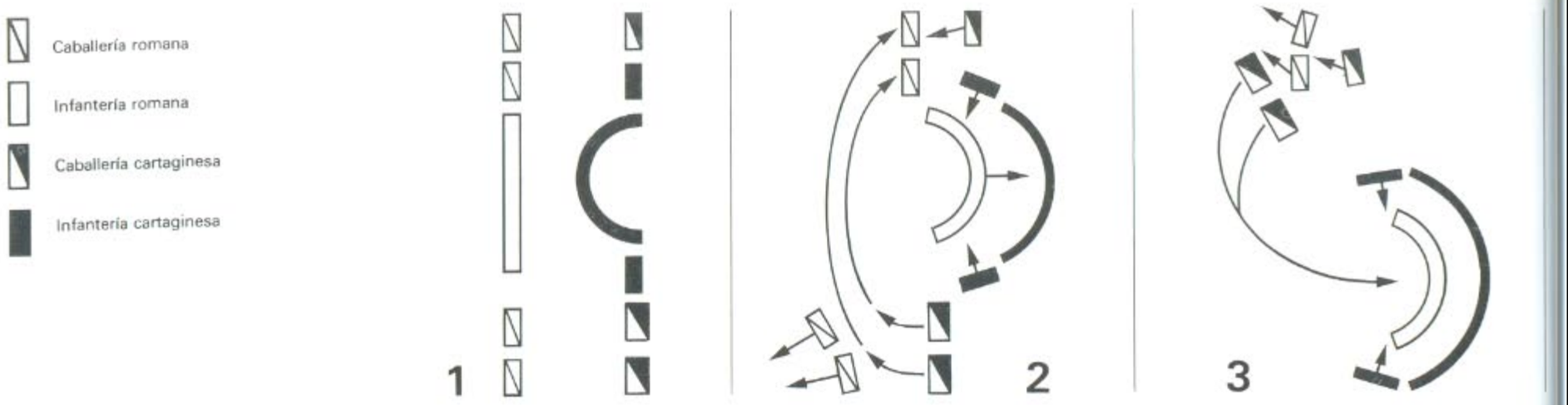
Los romanos habían sido demasiado lentos para alcanzar a Aníbal camino de los Alpes, pero quizá así fuera mejor. Aquella pobre y agotada ruina que quedaba de un gran ejército no parecía que pudiera soportar ni un minuto el combate contra los duros ciudadanos y soldados de Roma. ¿Cómo iban a saber los romanos que se enfrentaban a uno de los generales más grandes que ha conocido el mundo, un general casi tan brillante como Alejandro Magno?

El mapa inferior te muestra las lecciones que recibieron los romanos antes de darse cuenta de lo extraordinario que era Aníbal. Su historia ocuparía todo un libro. Pero aquí estamos tratando la historia de Roma, y como al final los romanos fueron demasiado fuertes, incluso para el gran jefe cartaginés, así que sólo hay espacio para hacer un brevé esbozo de aquella historia.

El primer ejército romano que luchó contra Aníbal fue hecho pedazos junto al río Trebia. Fue un gran golpe, pero la guerra está llena de altos y bajos. Al año siguiente otro gran ejército romano fue en busca de Aníbal, y pocos de los soldados que lo componían regresaron; la mayoría de ellos, incluido el cónsul que los dirigía, murieron despedazados o ahogados en la batalla del lago Trasimeno.

Con el exterminio de sus dos ejércitos, algunos romanos empezaron a darse cuenta de la grandeza de Aníbal. Entonces se eligió un dictador, un hombre llamado Fabio. Este rechazó enfrentarse con Aníbal en una batalla, y en vez de eso, él y sus hombres fueron siguiendo a los cartagineses a medida que avanzaban hacia el sur de Italia, tratando de aislarlos en pequeñas partidas, y de evitar que consiguieran comida suficiente. Cada vez que Aníbal se volvía contra él, Fabio se escabullía entre las colinas. Estas "tácticas fabianas", como les llamaron, eran seguras, pero lentas. De este modo pasarían años antes de que pudieran agotar al ejército de Aníbal. ¿Podía Roma permitirse esperar tanto tiempo?

En el 216 a.C. los romanos enviaron un ejército al menos tres veces mayor que el de Aníbal, bajo el mando de los dos cónsules. Por el diagrama puedes ver lo que sucedió. La batalla de Cannas fue el desastre más increíble de la historia de Roma. Al terminar el día yacían en el campo de batalla 76.000 cadáveres. De éstos, sólo 6.000 eran de los hombres de Aníbal; el resto pertenecían a Roma y a sus aliados.



La batalla de Cannas
1 *Aníbal es más fuerte en caballería, más débil en infantería. Pero hace que su infantería parezca aún más débil, disponiéndola en forma de arco.*
2 *La infantería romana avanza; el arco se dobla hacia detrás... pero se mantiene por los lados, haciendo presión contra la masa romana.*
Mientras tanto, la caballería de Aníbal derrota por completo a la caballería romana, primero un ala y después otra.
3 *Amontonada en el centro, y atacada por todos lados, la infantería romana es destruida.*

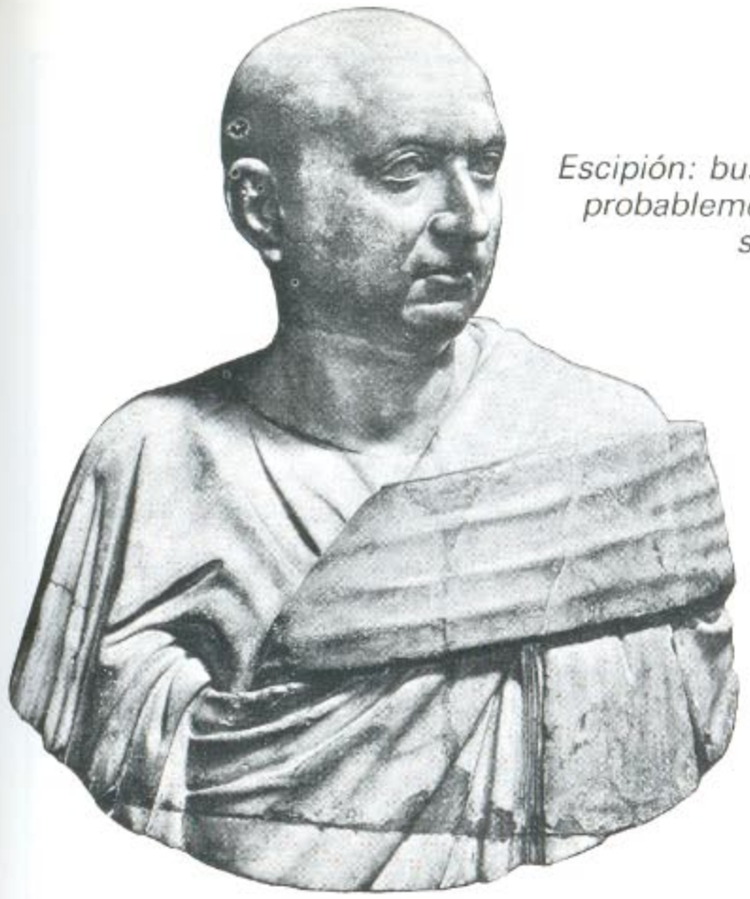
Después de un momento de pánico, los hombres de Roma se mantuvieron firmes. Uno de los cónsules, el hombre al que más había que culpar por el desastre, había conseguido escapar y reunir un pequeño grupo de supervivientes. El Senado no perdió el tiempo culpándole, sino que le agradecieron que no se hubiera dejado llevar por la desesperación y que hubiera intentado salvar algo del desastre. Pero cuando Aníbal mandó un mensaje diciendo que estaba dispuesto a aceptar un rescate por los prisioneros, el Senado le replicó friamente que podía hacer con ellos lo que quisiera. Roma no necesitaba hombres que se rindieran. Este era el espíritu con el que los romanos continuaron la guerra.

Los romanos desde luego no perdieron la cabeza. Aníbal había esperado que, después de derrotarlos de aquel modo, los demás pueblos de Italia se alazarían contra Roma, pero se llevó una decepción. Algunos sí lo hicieron, pero la mayor parte de los aliados de Roma permanecieron leales. Ahora Roma se veía recompensada por ser justa con sus aliados, y casi todos cerraron sus puertas ante Aníbal

Los romanos conocían ya la enorme fuerza de Aníbal; este hombre sabía cómo vencer en las batallas. Pero también descubrieron su punto débil; aún no tenían hombres suficientes para tomar una ciudad grande como Roma. No tenían máquinas de asedio, ni soldados suficientes para sitiar la ciudad, y a la vez buscar comida y frenar a las fuerzas de relevo. Aníbal podía llegar hasta las puertas de Roma, y así lo hizo. Pero mientras los romanos conservaran la calma, nunca podría hacer que se abrieran sus puertas.

Así que los romanos volvieron a las tácticas fabianas por todo el territorio de Italia, donde quiera que fuera Aníbal. Mientras tanto pusieron en pie nuevos ejércitos que empezaron a conquistar España, y a atacar y capturar las pocas ciudades de Italia y de Sicilia que estaban de parte de los cartagineses. Sin refuerzos, incluso el gran Aníbal estaba perdido. Y Aníbal nunca recibió refuerzos. El gobierno de Cartago tenía miedo de que Aníbal y su familia se volvieran demasiado poderosos, y jamás trató de hacer un esfuerzo serio por ayudarle. El único que intentó acudir en su auxilio fue su hermano Asdrúbal, que trajo un nuevo ejército desde *España*, a través de los Alpes, hasta el norte de Italia, en el 207 a.C. Pero Asdrúbal fue atrapado por los ejércitos romanos y vencido en la batalla del río Metauro, y la primera noticia que tuvo Aníbal de su llegada fue cuando una noche los romanos arrojaron la cabeza de su hermano en su campamento. Todavía imbatido, pero volviéndose más débil a medida que pasaban los años, Aníbal rondaba por el sur de Italia mientras, en los demás sitios los ejércitos romanos iban ganando la guerra.

Al final los romanos encontraron un osado general llamado Escipión que llevó un ejército al Africa y empezó a



Escipión: busto hecho probablemente en el siglo I a.C.

atacar Cartago. El gobierno de Cartago mandó ahora llamar a Aníbal. Las naves que no habían sido capaces de traer refuerzos, venían para llevarla a casa.

Cerca de Cartago, Aníbal luchó contra Escipión. La batalla de Zama fue su primera y última derrota.

La Segunda Guerra Púnica terminó en el 201 a.C. y Cartago tuvo que aceptar las condiciones que Roma puso, unas condiciones tremendamente duras.

La venganza de Roma

Ya sabes que los romanos, normalmente, habían tratado bien a los enemigos derrotados, y los habían convertido en sus aliados. Pero con Cartago todo fue diferente. Roma se quedó con su imperio de España, con sus aliados en Africa, con sus naves y con una enorme suma de dinero. Además, Cartago tuvo que prometer que nunca volvería a levantar un ejército o una marina, y que siempre obedecería las órdenes de Roma en cualquier trato con otros pueblos o ciudades; Cartago nunca podría ser fuerte, ni siquiera buscar aliados, a menos que Roma le diera permiso para ello.

Los romanos seguían algo nerviosos, porque Aníbal esta-

Condiciones de la Paz

Cartago debe ceder:

cien rehenes elegidos por los romanos;

todos los prisioneros romanos, desertores y esclavos fugados

todas las tierras, excepto una pequeña área alrededor de la ciudad y unos cuantos puntos de comercio admitidos por los romanos;

todas las naves de guerra menos diez;

todos los elefantes de guerra;

doscientos talentos de plata cada año, que se pagarán a Roma durante los próximos cincuenta años;

todo el control sobre los pueblos vecinos de Africa, que serán aliados de Roma.

Cartago no podrá nunca hacer la guerra sin permiso de Roma, y deberá ayudar a Roma siempre que ésta lo requiera.

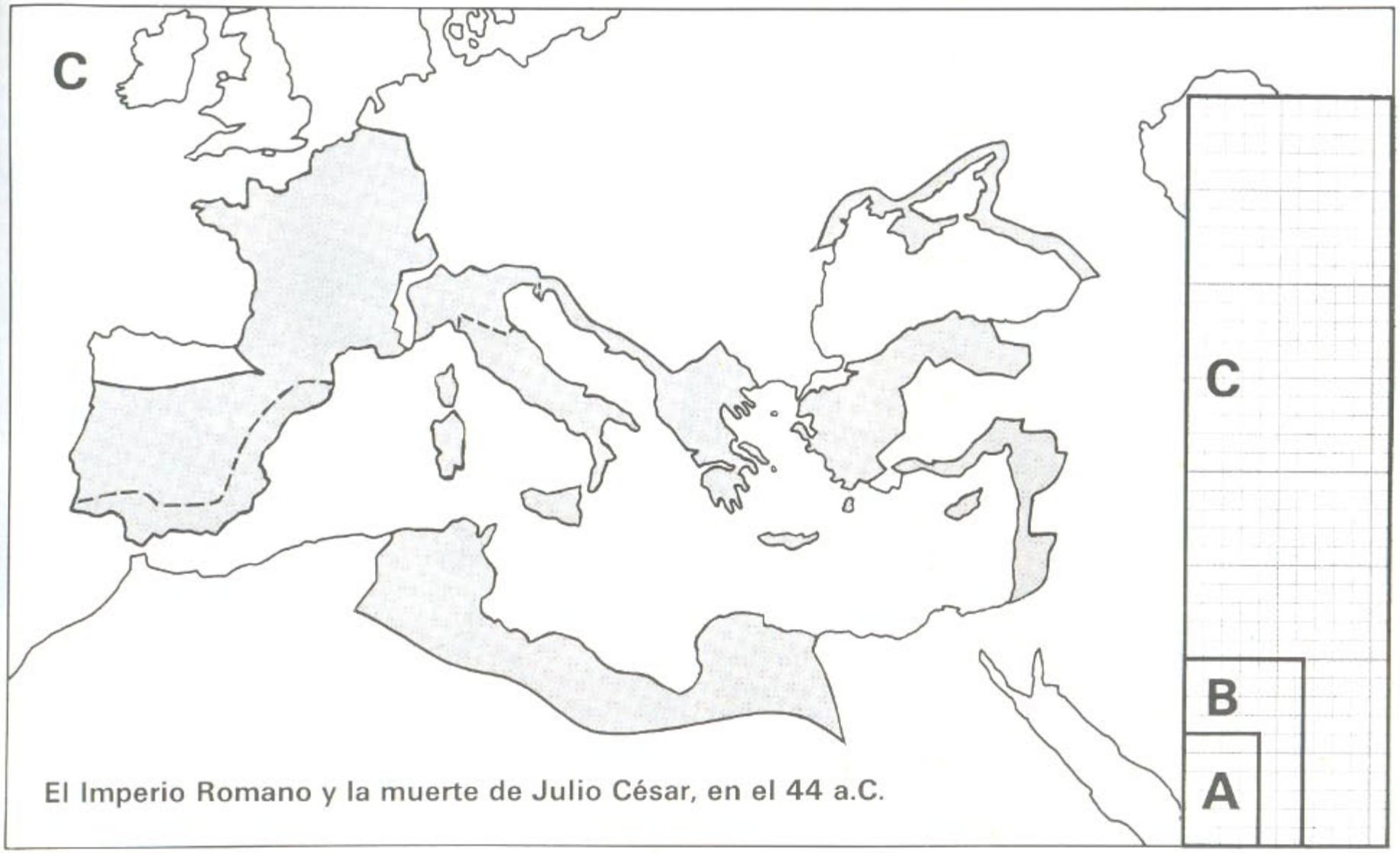
Si mantienen estas condiciones, la gente de Cartago podrá vivir libremente, según sus propias leyes.

Posiblemente un busto contemporáneo de Aníbal, descubierto cerca de Capua, ciudad italiana que perteneció a su alianza.

Territorio romano al final de la Segunda Guerra púnica, en el 201 a.C.

ba aún vivo y se iba convirtiendo en el hombre principal del gobierno cartaginés. En el 195 a.C. los romanos enviaron unos mensajeros para que arrestaran a Aníbal y lo llevaran a Roma. Aníbal huyó. Durante algunos años fue huésped de los reyes griegos de Asia Menor, pero los romanos siguieron tratando de atraparle. Al final, desesperado y agotado, decidió envenenarse. Pero todavía había romanos que no estaban satisfechos. Uno de ellos era Catón, un hombre severo y agrio, que estaba diciendo constantemente a los romanos cómo tenían que comportarse, recordándoles que los romanos de los tiempos antiguos eran mucho mejores que ellos. Este era un hombre desagradable y cruel, pero muchas de las cosas que decía eran ciertas, y no le importaba que el decirlas le hiciera impopular. A causa de ello muchos romanos le creían. Catón seguía queriendo venganza, y cuando hablaba en el Senado, cualquiera que fuese el tema que se discutía, siempre terminaba con tres palabras, "Delenda est Cartago", que quieren decir, "Cartago debe ser destruida".

Así, el odio de los romanos por Cartago no podía desvanecerse. Más de cincuenta años después de la Segunda Guerra Púnica, Roma inició un nuevo conflicto con su antigua enemiga. Cartago intentó complacer a Roma cediendo en todo los puntos, pero los romanos cada vez ponían más exigencias hasta que los cartagineses se dieron cuenta de la verdad y, con un valor desesperado, lucharon. La Tercera Guerra Púnica fue simplemente el sitio de Cartago por un gran ejército romano. Pese a una defensa heroica, en el 146 a.C. los romanos tomaron Cartago y la destruyeron. De la ciudad sólo quedó un montón de ruinas.



El Imperio Romano y la muerte de Julio César, en el 44 a.C.

Aguilas sobre el Mediterráneo

Estos dos mapas y los gráficos que los acompañan muestran cómo creció el poder romano durante el siglo y medio que siguió a la Segunda Guerra Púnica. Durante esos años, en una guerra tras otra, las legiones romanas llevaron sus estandartes con el águila a la victoria. Un país tras otro fueron cayendo bajo el poder de Roma, hasta que los romanos pudieron llamar al Mediterráneo "Mare Nostrum"... "Nuestro Mar".

Pero no sería justo acusar a los romanos de ir por el mundo conquistando a otros pueblos y construyendo un imperio. Parte de la culpa fue de los otros pueblos, pues Roma era tan fuerte que los demás, a veces, la arrastraban a sus luchas, con la esperanza de que el ejército romano les sirviera de ayuda. Pero Roma, una vez que la llamaban, normalmente, se quedaba.

Y hay otra cosa que debemos recordar. Cuanta más tierra tenía Roma, más tenía que proteger contra los ataques y las incursiones desde el exterior. Antes o después los romanos ponían fin a tales ataques yendo y conquistando las tierras de los atacantes. Esto, por supuesto, seguía y seguía, hasta que un océano, o un desierto, u otro imperio poderoso detenía a las legiones.

Mientras tanto, el Imperio de Roma seguía creciendo. Y hacían falta cada vez más soldados, cada vez más tierras que conquistar y gobernar, cada vez más dinero para pagar todo esto. Aquellos simples ciudadanos campesinos que habían fundado la República, no se podían imaginar nada semejante.

La República se desmorona

En las provincias... soldado, gobernador, cobrador de impuestos...

Ahora siempre hacían falta soldados. Muchas legiones estaban ocupadas todo el tiempo, ganando nuevas tierras o defendiendo otras que Roma ya gobernaba. Los antiguos soldados romanos, que dejaban la pala y cogían la lanza cada verano durante unas cuantas semanas, ya no servían de nada. Las grandes guerras contra Aníbal, en España, en Africa, en Grecia, en Asia Menor (la necesidad de legiones por todo el Mediterráneo parecía no tener fin), obligó a los romanos a emplear soldados que se dedicaran a ello exclusivamente.

A medida que crecía su Imperio, los romanos podían llevar a muchos de sus nuevos súbditos a luchar en el ejército. Sin embargo, estos soldados eran sólo "auxiliares"... ayudantes, tropas de segunda clase. La espina dorsal del ejército romano eran los soldados de a pie de la legión, los que llevaban armas pesadas. El legionario, como lo llamaban, tenía que ser un ciudadano romano. Firmaba unos veinte años de servicio bajo las águilas romanas, y estaba muy bien entrenado y equipado. Después de que Mario, un gran general, hubiera reorganizado el ejército, hacia el 100 a.C., el legionario romano era un auténtico profesional, altamente especializado y bastante bien pagado. El dibujo te muestra uno de estos hombres con toda su carga. En él podrás ver por qué al legionario le ponían como apodo de "la mula de Mario".

Compara el equipo de la «mula de Mario» con el que aparece en las páginas 62 y 63. Aunque los detalles variaban, un legionario romano en marcha llevó casi la misma carga, hasta bastantes siglos después de Mario. Aunque las palas y canastas para trasladar la tierra iban empaquetadas con las tiendas y los molinos de mano siendo transportados por carros o animales de carga, cada hombre llevaba un equipo de herramientas que contenía una sierra, un hacha, una hoz, cadenas y cuerda. Además tenía su propio plano y su sartén de bronce; se han encontrado algunos con el nombre del propietario. La comida y las mudas de ropa probablemente iban en la bolsa y el saco de cuerdas.

Legiones de hombres como éste podían avanzar por cualquier sitio y vencer a cualquier enemigo. Si confiaban en un general, lo seguían a cualquier parte. Luego, cuando estos hombres se retiraban, esperaban que les dieran un trozo de tierra a cada uno, para poder vivir como campesinos a la antigua usanza. Un buen general trataba de asegurarse de que el Senado diera tierras a sus antiguos soldados; y si lo hacía, podía estar seguro de que sus hombres le estarían agradecidos y le serían fieles.

Una vez que se conquistaba una provincia y la protegían las legiones, alguien tenía que gobernarla. Pero ¿quién? Al Senado no se le ocurrió nada mejor que mandar a un senador, a menudo un ex-cónsul, durante uno o dos años. Un gobernador así tenía un poder absoluto sobre su provincia. Pero a menudo era un completo extraño, tanto respecto al lugar como respecto al trabajo que debía hacer, y aún estaba aprendiendo a gobernar su provincia cuando tenía que volver a Roma. Eso quería decir que incluso a los hombres más honrados probablemente les sería muy difícil gobernar bien sus provincias.

Por desgracia, algunos de estos gobernadores no eran honrados. Ahora que tenían la oportunidad, algunos de ellos se hicieron muy ricos obligando a la gente de su provincia a pagar sobornos e impuestos extra, o incluso robando cuando veían algo que les gustaba; ni siquiera los templos de los dioses estaban a salvo de algunos de estos malos gobernadores. Algunos de ellos y sus amigos volvían a Roma fabulosamente ricos.

Aparte de este tipo de robo y de chantaje, la gente de las provincias tenía que pagar impuestos. A los romanos esto les parecía justo. Pensaban que estaban llevando la paz y la civilización a las provincias, y que los habitantes de éstas deberían pagar por lo que Roma les estaba dando. Más adelante, en este mismo libro, veremos los beneficios que Roma trajo a los pueblos que vivían en su Imperio, pero aquí lo que nos preocupa es el precio que los vencidos tuvieron que pagar.

Los hombres que cobraban los impuestos se llamaban "publicanos". Quizá hayas visto alguna vez esta palabra en la Biblia, y puedas imaginarte el tipo de reputación que tenían. Quizá algunos fueran honrados, pero todos pensaban que la mayor parte de ellos sacaban mucho más dinero de la gente de la provincia de lo que se suponía que tenían que sacar, y que se guardaban el dinero sobrante en sus propios bolsillos.

Así que estos cobradores de impuestos obtenían grandes sumas de dinero de las provincias, pero gran parte de ese dinero servía para hacerles ricos a ellos y a sus amigos.

Podrías preguntar cómo conseguían hacer todo esto sin recibir ningún castigo. De hecho, algunos lo recibían, pero esos eran los que tenían mala suerte. El trabajo de un gobernador de provincias consistía en controlar a los publicanos, y los mejores lo hacían. Sin embargo, los malos gobernadores preferían trabajar con los publicanos, para poder hacerse ricos rápidamente todos juntos. Además había demasiados romanos ricos muy interesados en que no se hiciera justicia en estos asuntos, porque Roma había cambiado mucho. Y aunque todavía se hablaba de cómo debía comportarse un auténtico romano, y aunque los romanos a menudo trataban de revivir esos ideales, muchos de ellos tenían otras ideas y pensaban que el dinero era lo único que contaba; el dinero podía comprar lo que fuera y a quien fuera.

En Roma:
Ricos más ricos y pobres más pobres

Ya sabes que en Roma había habido ricos y pobres desde hacía cientos de años; recordarás también el problema que hubo entre los patricios y los plebeyos. Ahora los ricos se estaban haciendo muy ricos, y acabas de ver algunas de las formas que tenían algunos romanos para ganar dinero. Otros lo ganaban convirtiéndose en hombres de negocios, comerciantes o prestamistas. Se suponía que los senadores no entraban en cosas así, pero podían comprar esclavos listos y ponerlos a trabajar en los negocios. De una manera o de otra, un romano rico podía hacer que las cosas le fueran bien.

Otro método que tenían los ricos para hacerse más ricos era conseguir grandes fincas y emplear esclavos para trabajarlas. Los romanos poderosos compraban las tierras devastadas por la guerra, o las pequeñas parcelas a los campesinos. No había nada de nuevo en la esclavitud, pero el que hubiera enormes fincas trabajadas enteramente por esclavos, mientras que ciudadanos romanos libres no conseguían encontrar una tierra para trabajarla ellos mismos, era algo nuevo. Los ricos propietarios de estas fincas ganaban dinero, mientras que los romanos pobres tenían que ir a buscar trabajo a las ciudades.

¿Qué hacían los ricos con todo este dinero? Gastaban mucho en lujos, especialmente en enormes banquetes donde se comían los alimentos más caros. Algunos de ellos solían incluso vomitar a propósito cuando estaban llenos, para poder seguir comiendo. No encontraban nada mejor que hacer con su dinero que divertirse, e incluso cuando se divertían seguían sin ocurrírseles nada mejor.

Otros romanos ricos usaban su dinero en la política; sobornaban a los ciudadanos pobres para que les votaran; alquilaban delincuentes y compraban esclavos fuertes para que hiciesen de guardaespaldas, para dar una paliza o matar a cualquiera que se pusiera en su camino.

el romano rico vive en una casa lujosa

recibe riquezas: de la provincia, de los negocios, de sus fincas

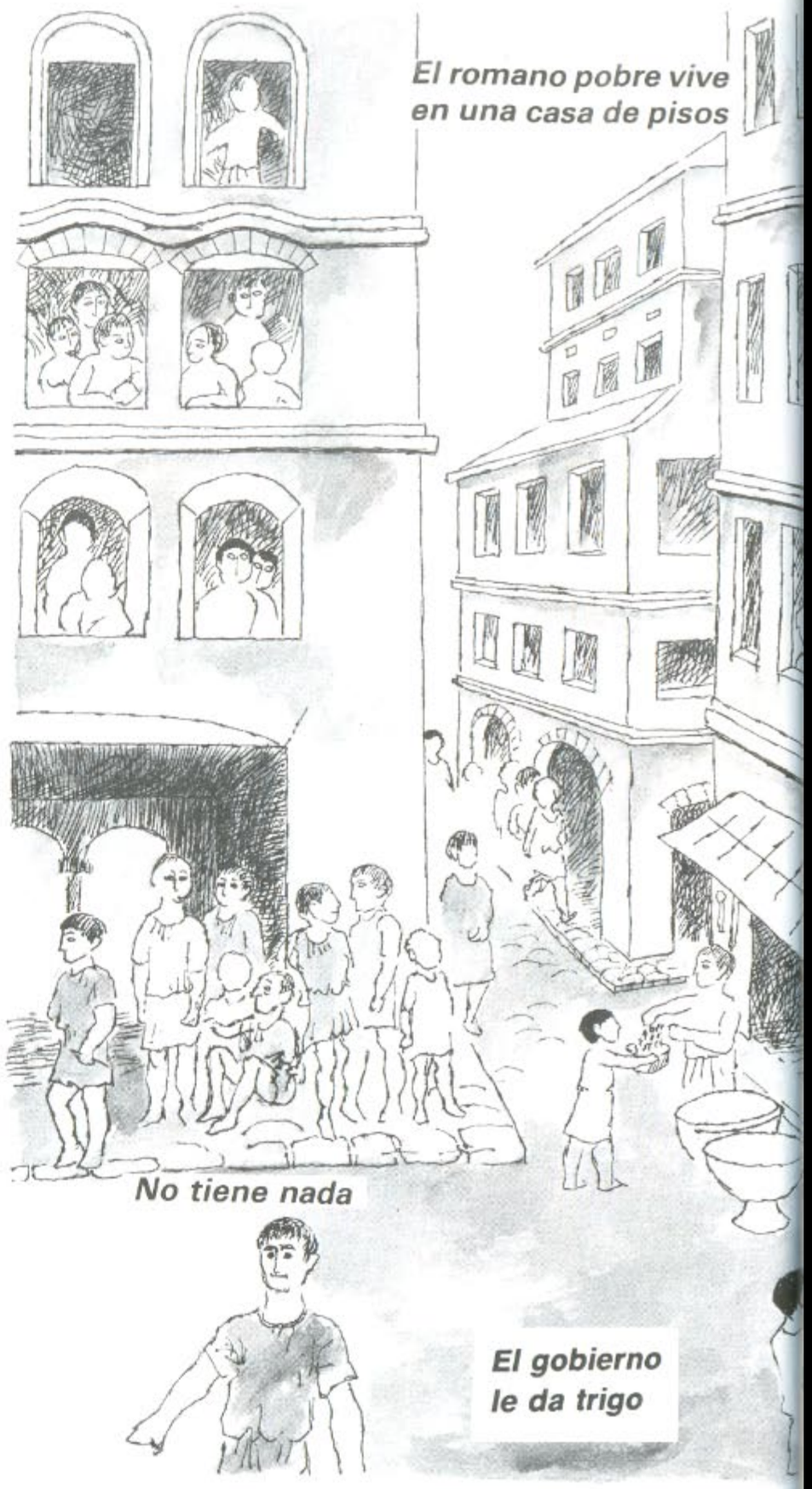
tiene esclavos:
que le sirven,
trabajan para él,
lo defienden
tiene clientes:
que lo votan y lo
hacen importante
por eso pueden tiranizar
y sobornar, y vivir con lujo, y
hacer lo que le apetezca

Mientras tanto, ¿qué les pasaba a los romanos pobres? Como sabes, muchos de ellos vivían amontonados en la ciudad, porque ya no podían ganarse la vida con la tierra. Pero aquí también había tantos esclavos baratos para trabajar, que a los trabajadores libres les resultaba difícil conseguir un empleo. Incluso cuando lo conseguían, el salario era muy bajo. Los romanos pobres tenían unas perspectivas muy negras: una vida triste en una casa de pisos sucia y mal construida en los barrios bajos, con muchas oportunidades para hacer el vago y morirse de hambre. ¿Podían hacer algo? ¿Aguantarían los romanos pobres todo esto, o se alzarían contra los romanos ricos?

Los romanos ricos se ocupaban de que los pobres no se vieran obligados a hacerlo. En primer lugar, ningún romano libre tenía por qué morirse de hambre. El gobierno romano compraba cereales con el dinero de los impuestos que pagaban las provincias, y estos cerales se daban gratis como limosna a los ciudadanos pobres. En segundo lugar, un romano pobre podía convertirse en cliente de un romano rico. Esto quería decir que iba cada mañana a saludar a su patrón, como se llamaba al hombre rico, y los esclavos del patrón le daban regalos, dinero y comida. A cambio de estos regalos, los clientes tenían que votar lo que les decían en las elecciones, y además andar callejeando y ser útiles a su patrón.

Así los romanos pobres se mantenían vivos. Al menos tenían pan. ¿Sería esto suficiente para evitar que causaran problemas a los ricos? Pero había algo más: los pobres tenían que entretenerse, tener algo que ver y sobre lo que hablar. Para esto estaban los baños públicos, en los que un hombre podía pasarse todo el día a su gusto, ganduleando. Había carreras de carros, espectaculares y peligrosas para los conductores, muy excitantes. Y, sobre todo, estaba el circo. Aquí era donde se daban los mayores espectáculos, donde los romanos podían sentarse seguros y cómodos y ver cómo cientos de bestias salvajes, criminales, esclavos y gladiadores adiestrados se mataban unos a otros. Si recuerdas lo que leíste al principio del libro sobre los romanos, y acerca del tipo de gente que eran, te asombrará que pudieran caer tan bajo.

Ya lo dijo un escritor romano: "Los tiempos cambian, y nosotros cambiamos con los tiempos".



su patrón le da regalos

así que puede
holgazanear...
y divertirse...
y hacer lo que le diga su patrón

La República se pudre

CORRUPCION. Oirás a veces decir que la política es un juego sucio. Desde luego, como todos los juegos, la política se puede jugar de una manera sucia, haciéndolo así-especialmente la gente que pretende ganar a toda costa. Ya sabes lo suficiente sobre los ricos y los pobres en Roma para saber cómo sobornaban a los ciudadanos y cómo el Senado dejaba sin castigo a los malos gobernadores y publicanos. El dinero se había usado para corromper Roma, pero lo peor aún estaba por llegar. La historia completa de los últimos cien años de la República romana es complicada y sucia. Aquí hay unos cuantos de los hechos más famosos; serán suficientes para mostrarte cómo andaban las cosas.

ASESINATO. Tiberio Graco fue un tribuno en el 133 a.C. Intentó detener la podredumbre dividiendo en parcelas algunas de las grandes fincas y dándoles tierras a los campesinos. Sus enemigos provocaron un disturbio en el Foro, y lo asesinaron. Diez años después, su hermano Cayo Graco llegó a ser tribuno y trató de hacer lo mismo. También lo asesinaron.

REVUELTA DE LOS ALIADOS. Muchas de las ciudades itálicas pensaban que los romanos se estaban favoreciendo a sí mismos y enriqueciéndose, y querían beneficiarse a partes iguales. Estos pueblos pedían que les hicieran ciudadanos romanos. Hubo una guerra feroz, del 91 al 88 a.C., que ganaron los romanos, pero éstos fueron suficientemente sensatos como para dar la ciudadanía a sus aliados, a pesar de todo, para prevenir futuros problemas.

EJERCITOS PRIVADOS. Mario era un general victorioso que había sido cónsul seis veces, y además era muy popular entre sus soldados. Cuando algunos de sus enemigos en Roma trataron de evitar que sus antiguos legionarios recibieran tierras, al coger el retiro, Mario avanzó con sus tropas hasta el Foro. Su método de "persuasión" funcionó. Más tarde, otros generales le copiaron la idea.

GUERRA CIVIL. Sila fue otro general de éxito. A él y a sus enemigos del Senado no les gustaba Mario, y trataban de mantenerle alejado del poder. Y al final llegaron a luchar entre sí, las legiones romanas de Mario contra las legiones romanas de Sila.

REVUELTA DE LOS ESCLAVOS. Espartaco era un gladiador que huyó de su dueño en el 73 a.C. y puso en pie un ejército de esclavos fugitivos. Y logró derrotar a tres ejércitos romanos en el sur de Italia antes de que lo vencieran y le mataran en la última batalla.

MASACRE. En el año 87 a.C. Mario ocupó Roma; a medida que avanzaba por las calles, sus hombres mataban en el acto a cualquiera que Mario señalara. Unos cuantos años más tarde, después de que muriera Mario, Sila volvió. También él mató a sus enemigos, pero fue más cuidadoso que Mario. Tenía preparadas largas listas de nombres en los que señalaba a los que había que matar.

Se busca... un hombre fuerte

Roma era un caos, y la mayoría de los romanos lo sabían. Comenzó a hablarse mucho acerca de "los buenos tiempos", pero nadie parecía saber cómo volver a la época en que los romanos ponían a Roma por delante de sus intereses particulares. El Senado y los cónsules no parecían capaces de hacer su trabajo como es debido.

Cuando un Estado se convierte en un caos, la gente a menudo echa la culpa al gobierno, porque la tarea del gobierno consiste en ocuparse de que esto no ocurra. Si las cosas no mejoran, a veces la gente desea que haya un hombre fuerte, un hombre que conozca sus posibilidades y que tenga la inteligencia y la fuerza necesarias para gobernar el país. A veces hay un montón de hombres fuertes perfectamente dispuestos a asumir el mando, como hacían los tiranos en las pequeñas ciudades-estado griegas. Pero ahora Roma no era una pequeña ciudad-estado, sino la dueña de un gran imperio. La competición entre los posibles hombres fuertes fue muy dura; y, sabiendo lo que ya sabes sobre Roma, no hará falta decirte que fue una competición en la que todo valía.

Mario y Sila habían sido dueños de Roma en su momento. Cuando murieron, hubo otros que intentaron dirigir el Senado o acabar con él. El más famoso y el que tuvo más éxito fue Julio César.

César fue un hombre valiente e inteligente que vivió una vida llena de aventuras. La historia de su vida merece ser leída —como la de Alejandro o la de Aníbal— pero necesitaría un libro para ella sola. Aquí no podemos hacer más que ver brevemente lo que consiguió. Por supuesto, empezó con los dos grandes dones que ya hemos mencionado, inteligencia y valor, porque sin ellos hubiera podido hacer muy poco.

Aún contaba con otras dos ventajas. Había nacido en una de las principales familias de Roma, así que conocía a toda la gente importante. Y además tenía dinero. Pronto gastó tanto que se llenó de deudas, pero siempre podía pedir más; y para cuando necesitó pedir mucho dinero, había suficientes prestamistas que pensaban que dejárselo era como respaldar a un ganador.

Miembros de las clases altas.

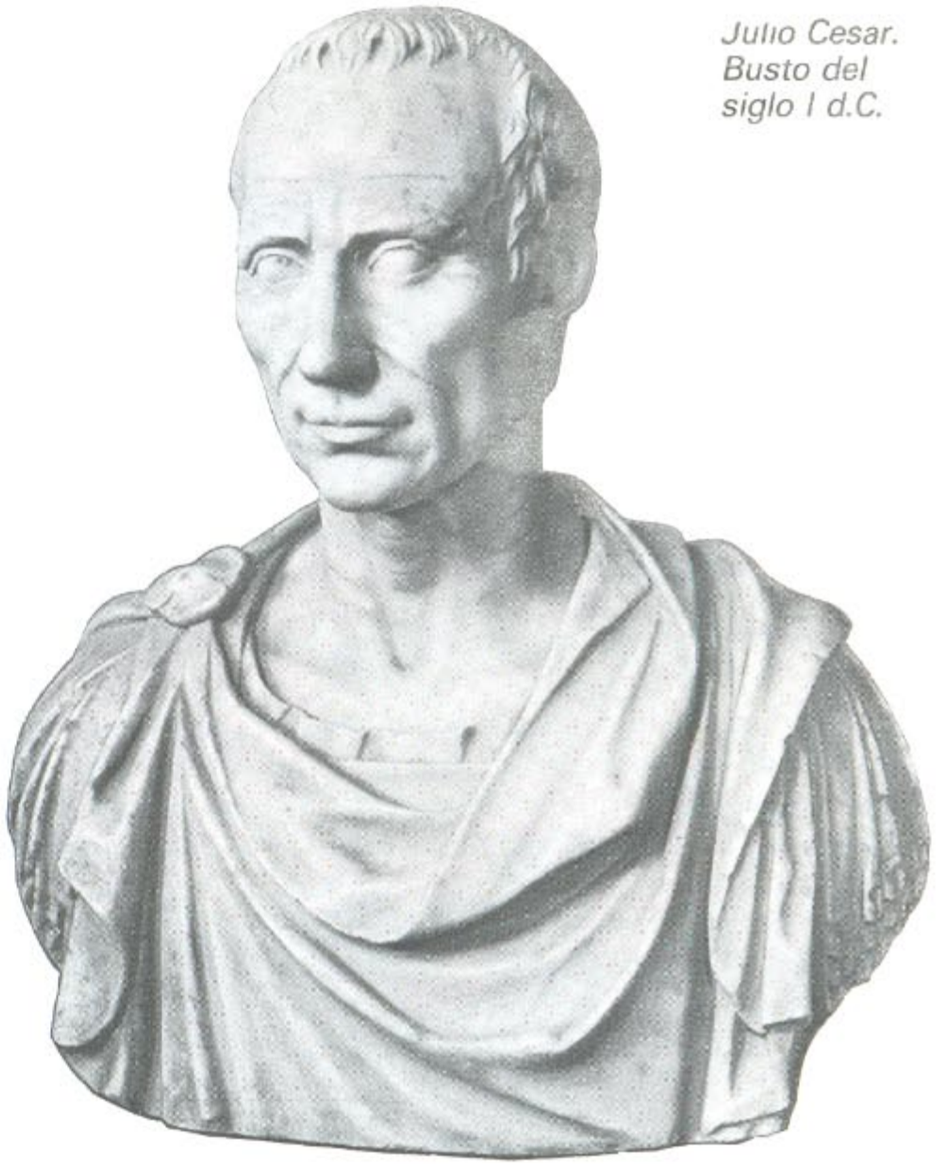
César se ganó otras dos ventajas por sí mismo. Primero, planeó hacerse popular entre los romanos pobres, y lo consiguió, pues sabía cómo ganarse al pueblo y cómo hacerle creer que le importaba de verdad. Luego consiguió el control de un ejército. Le dieron el mando de las legiones del sur de la Galia, es decir, el actual sur de Francia, y desde el 58 hasta el 51 a.C. guió a su ejército por toda la Galia. Conquistó esa tierra y sometió a las tribus guerreras que la habitaban. Demostró que era un buen general, adiestró bien a su ejército, y se ganó la lealtad de sus legiones, de tal modo que le hubieran seguido a cualquier sitio y contra cualquiera.

Popular con el pueblo llano.

Entonces el Senado se dio cuenta del peligro, y hubo un enfrentamiento entre César y el Senado; los ejércitos de los senadores estaban al mando de otro gran general romano, Pompeyo, que en tiempos había sido muy amigo de César. Pero Pompeyo fue derrotado en una batalla, huyó al reino de Egipto, y fue asesinado, y César se convirtió en el dueño de Roma y de todo el Imperio Romano en el 46 a.C.

El sueño de César.

¿Cómo utilizaría su poder? ¿Pondría fin a la corrupción y al desorden? ¿Haría que la República funcionara bien una vez más?. Quizá hubiera hecho lo primero, pero parecía seguro que no iba a hacer lo segundo. De hecho, parecía que César no se conformaba sólo con tener el poder; pretendía además el título de rey. Pero aún había muchos romanos que creían que la gente no podía ser libre si tenía un rey. La palabra "rey" les recordaba las antiguas historias de los tarquinios, o les hacía pensar en los reyes contra los que habían luchado y a los que habían derrotado en Africa y Asia. Algunos de los senadores pensaban así, y decidieron seguir el camino más obvio para evitar que César se coronara rey. El 15 de marzo (los Idus de Marzo, como se llamaba este día en el calendario romano) del año 44 a.C. Julio César asistió a una reunión del Senado. Ya le habían dicho que su vida corría peligro, pero no hizo caso de las advertencias: los conspiradores se cerraron en torno suyo, y César murió con veintitrés dagas clavadas en el cuerpo.



Julio Cesar. Busto del siglo I d.C.

La realidad.

Antonio, Cleopatra y Octavio

Marco Antonio: un aúreo acuñado en Roma, en el 39 a.C.

Una vez más, la lucha por el poder continuó, la vieja y triste historia de traiciones, asesinatos y guerras civiles. Uno por uno, los hombres que luchaban por el poder fueron quedando fuera de concurso. La mayoría de ellos fueron asesinados, incluidos Bruto y Casio, que habían encabezado la conspiración contra Julio César.

Por fin, ocho años después del asesinato de César, el Imperio Romano lo compartían dos hombres muy poderosos. Uno de ellos era Octavio, sobrino-nieto de Julio César, que aunque no era un general particularmente brillante, en la política era muy inteligente y persuasivo. El otro era Marco Antonio, un famoso general que en tiempos había sido el mejor amigo de Julio César, pero que a menudo era irreflexivo e impetuoso. Octavio se quedó en Roma, ocupándose de la parte occidental del Imperio Romano, y Antonio fue a hacerse cargo de la parte oriental, donde había una guerra contra los partos, que eran los nuevos y poderosos gobernantes de Persia. En el mapa de la página contigua puedes ver cómo trabajaban Octavio y Antonio.

Quizá los dos hubieran terminado por pelearse de todas formas, pero fue Cleopatra, reina de Egipto, la que de hecho provocó el conflicto. Recordarás que, unos 300 años antes, Egipto se había convertido en un reino helenístico bajo el mando de uno de los generales de Alejandro Magno, y que la gran ciudad de Alejandría se había convertido en la ciudad griega más importante del Mediterráneo. Cleopatra no tenía intención de dejar que su reino se convirtiera en parte del Imperio Romano, y en lugar de eso, pensaba que podría utilizar a Antonio y sus legiones para construir un nuevo imperio con la capital en Alejandría. Y como todo el mundo sabe, Antonio cayó por completo bajo el control de Cleopatra.

Los antiguos amigos de Marco Antonio estaban disgustados, y muchos de los hombres de Roma tenían miedo de que Antonio y Cleopatra consiguieran lo que no había conseguido Aníbal. Así que se entabló una lucha entre el Este y el Oeste, en la que Antonio era el traidor. Octavio tenía por ello una buena oportunidad para unir a todos los romanos y no la desperdició.

El combate en que se decidió todo fue una batalla marítima. La flota de Antonio y Cleopatra se enfrentó a la flota de Octavio en Actium, el 2 de septiembre del año 31 a.C., y los hombres de Octavio lograron una gran victoria. Antonio y Cleopatra huyeron a Egipto, y cuando se dieron cuenta de que Octavio iba a conquistarlos y capturarlos, se suicidaron.

Catorce años después de la muerte de Julio César, su sobrino-nieto era dueño de todo el Imperio Romano, igual que antes lo había sido Julio. ¿Sería Octavio capaz de hacer las cosas mejor que su tío-abuelo?

Augusto

Normalmente se suele considerar que Octavio fue el primer emperador romano. ¿Qué era un emperador? Lo primero en lo que hay que fijarse es que un emperador *no* era un rey. La palabra que le había costado la vida a Julio César nunca se utilizó para Octavio. Pero decir qué era un emperador es más difícil. La palabra "emperador" es simplemente una forma derivada de la palabra romana "imperator", que

Cleopatra: una tetradracma acuñada en Ascalon, en el 49 a.C.

Roma
Actium
Alejandría

quería decir sencillamente "comandante". Este título no era oficial, sino una especie de apodo, que los legionarios romanos daban a sus generales cuando habían luchado bien en la batalla. Muchos generales romanos habían sido *imperatores*, pero desde ahora sólo un hombre llevaría el título cada vez. Esto fue parte de su éxito. Octavio y los jefes que vinieron a continuación sabían que lo primero que tenía que hacer un gobernante de Roma era asegurarse de que tenía el mando del ejército, y garantizar su lealtad tratando bien a los soldados.

Pero Octavio no cometió el error de pensar que esto era suficiente. El quería que su control sobre el ejército fuera legal, y también quería que el Senado le ayudara. Así que, en vez de tratar de debilitar al Senado, o incluso librarse de él, hizo lo contrario. Siguió con su método de ser amable con el Senado y ocuparse de que los senadores tuvieran empleos dignos y bien pagados, y aunque, como todo el mundo sabía, tenía al ejército tras de él y podría haber hecho lo que hubiese querido, tuvo buen cuidado de hacer sólo lo que agradase al Senado y al pueblo de Roma. SPQR seguían siendo las letras mágicas, y los romanos podían decir

¡Salve emperador!

que en realidad Octavio lo único que estaba haciendo era conseguir que la república funcionase nuevamente como es debido.

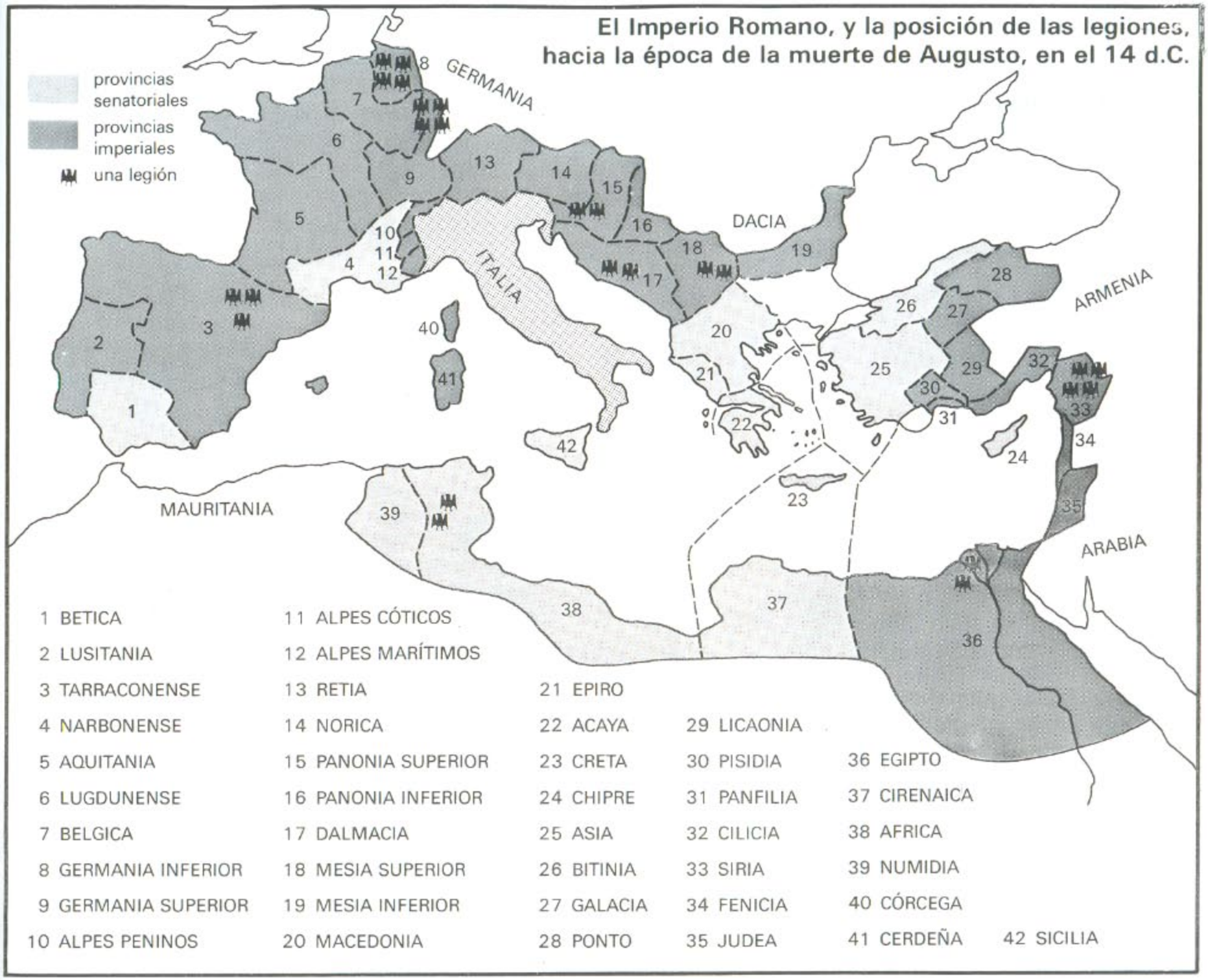
Como Octavio estaba dispuesto a facilitarle las cosas al Senado, los senadores estaban dispuestos a facilitárselas a él. Y lo mismo pasaba con la asamblea del pueblo romano, en el Foro. De este modo, él, o uno de sus amigos, era normalmente cónsul, y recibía los poderes y privilegios de un tribuno. Además, tenía, como ya has visto, el mando del ejército. Así parecía que el sistema republicano estuviera aún funcionando, porque todos estos cargos se conocían desde hacía mucho tiempo. Pero un sólo hombre controlaba todos los cargos realmente importantes, y siempre se salía con la suya. Si esto era una república, era una república muy extraña.

Este mapa del Imperio te muestra cómo trabajaba Octavio. Algunas de las provincias eran senatoriales; eso quiere decir que el Senado elegía a los gobernadores, y éstos eran cargos muy importantes. Pero otras provincias eran imperiales, pues ya que en ellas era posible que hubiera problemas y que fuera necesario enviar tropas (puedes ver que la mayoría estaban en la frontera, o habían sido recién conquistadas, o sucedían ambas cosas) el emperador elegía a los gobernadores que se encargaban de ellas.

Si Octavio hubiera usado mal sus poderes, podrían haber surgido muchos problemas, pero en general gobernaba bien. Preparaba y designaba nuevos funcionarios civiles de confianza para que ocuparan el lugar de los antiguos publicanos, y enviaba buenos gobernadores a las provincias. Además, restauró la paz después de muchos años de guerra, y con la paz llegaron también la prosperidad y la justicia. Un amigo de Octavio, el gran poeta Virgilio, escribió que el destino de Roma era derrotar el orgullo con la guerra y dar libertad a los pueblos derrotados dentro del Imperio Romano. Era pues el deber de Roma traer la paz, la prosperidad y la justicia a todos los pueblos que vivían alrededor del mar Mediterráneo. Esto era lo que se llamaba la PAX ROMANA, es decir, la Paz Romana.

En la propia ciudad de Roma, al igual que en el resto del Imperio, Octavio limpió las cosas en todos los sentidos, incluidos los edificios de la ciudad. Y él mismo alardeaba diciendo: «Encontré Roma edificada con ladrillos, y la dejé edificada en mármol».

El Senado le estaba por eso muy agradecido, y le dio mu-



chos títulos, llamándole:

PRINCEPS, o Primer Ciudadano.

PATER PATRIAE, o Padre de la Patria.

AUGUSTO, o Digno de Reverencia.

Y es por este último título, y por el nombre de César, que heredó de su tío-abuelo, como se le conoce habitualmente.

Luego los emperadores que le siguieron utilizaron también estos dos últimos títulos.

Porque, de ahora en adelante, el Imperio Romano, aunque aún tenía cónsules, tribunos, Senado y todos los demás cargos oficiales republicanos, iba a ser gobernado por un emperador.

izquierda: Parte de las ruinas del Foro romano, donde solía reunirse la gente durante la república.

derecha: Una estatua en memoria de Augusto, en la que aparece con toda su dignidad y autoridad imperial.

MIRANDO HACIA ATRAS

Este libro ha tratado hasta ahora de la historia de un sólo pueblo... los romanos. Y hemos observado tres cosas en particular:

1. Las cualidades que los romanos pretendía tener.
2. La manera en que se gobernaban.
3. El crecimiento de su Imperio.

Vimos incluso que las famosas historias de la antigua Roma no sean más que leyendas, los romanos tenían cualidades sorprendentes, que les ayudaron a hacer que su república funcionara y les ayudaron a construir un Imperio, primero en Italia, y después por todo el Mediterráneo.

Luego vimos que la posesión de un Imperio les hizo tan diferentes que la república se derrumbó.

Así, al final, después de muchos años de problemas, los romanos, su república y su Imperio llegaron a ser gobernados por un emperador.

Pero ahora ha llegado el momento de que veamos lo que hizo este gran Imperio Romano por los pueblos que le pertenecían.

2. El Imperio

Pax Romana

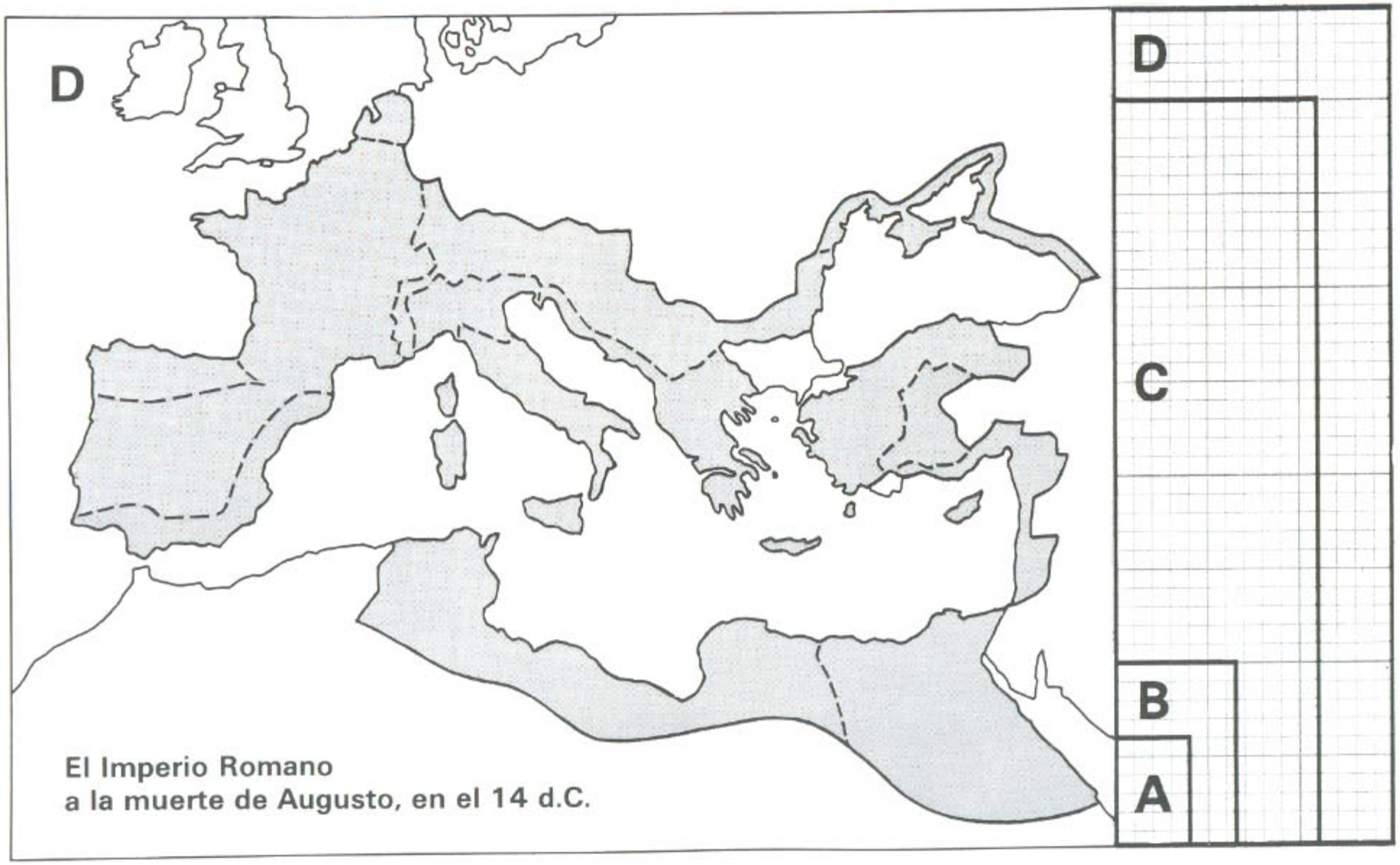
Augusto murió en el año 14; no a.C., sino d.C., porque mientras el gobernaba el Imperio Romano nació Jesucristo. Cuando murió Augusto el Imperio era ya casi todo lo grande que llegaría a ser. Estos mapas y gráficos, que puedes comparar con los de las páginas 18, 24 y 25, te mostrarán los pasos finales del crecimiento del Imperio Romano.

Este era un área enorme y muy variada, y la mayoría de los emperadores descubrieron que tenían ya muchas cosas que hacer sólo con gobernarlo. Por eso tenía que haber una causa especial para que se decidieran a añadir nuevas provincias. Además, si miras el último mapa, verás otras buenas razones para que el Imperio no creciera más... el mar, las tierras desérticas, o unos enemigos tan fuertes que no merecía la pena tratar de derrotarles y luego tener que mantenerlos dominados.

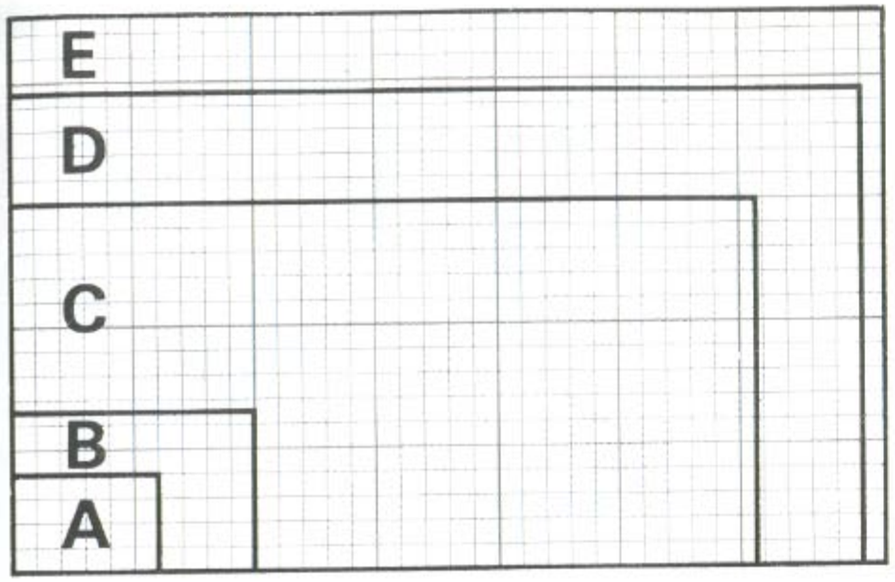
Mira un mapa moderno, y descubrirás cuantos países actuales quedan dentro de las fronteras del antiguo Imperio Romano.

Las calzadas

Como todo el mundo sabe, los romanos eran grandes constructores de calzadas, es decir, caminos pavimentados que en latín se llamaban *vias calzatas.* Casi todo el mundo ha oído el dicho: «Todos los caminos llevan a Roma». Si pones

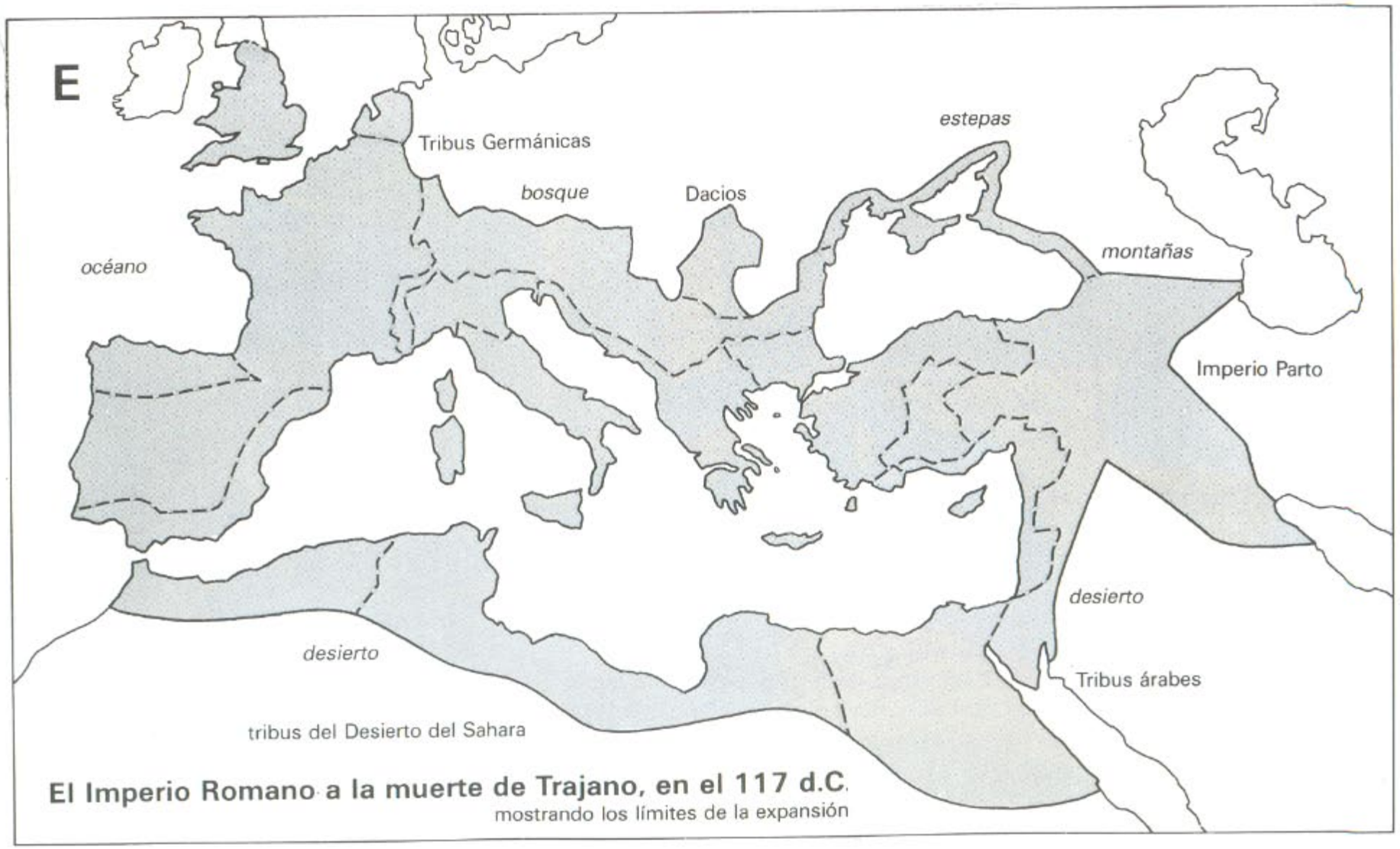


El Imperio Romano
a la muerte de Augusto, en el 14 d.C.



estos dos datos juntos, podrás adivinar la principal razón de que hubiera unas calzadas tan buenas: las *vías* romanas eran necesarias para mantener a Roma en contacto con su Imperio. En realidad eran como los nervios de un cuerpo humano, que envían los mensajes y reciben instrucciones; Roma era su cerebro. Las calzadas eran también como las arterias de un cuerpo, que llevan vida y fuerza a todo el conjunto; y Roma era su corazón. A lo largo de las calzadas del Imperio corrían los carros de los mensajeros imperiales, de un puesto de correos a otro, y a lo largo de las carreteras avanzaban las legiones y las tropas auxiliares, devorando las distancias con sus pasos rítmicos, poco apresurados. Las calzadas mantenían el Imperio bien unido.

Como puedes ver en el dibujo, los romanos las construían con mucha habilidad y cuidado. Puedes observar también en el mapa, que las calzadas principales unían to-



El Imperio Romano a la muerte de Trajano, en el 117 d.C.
mostrando los límites de la expansión

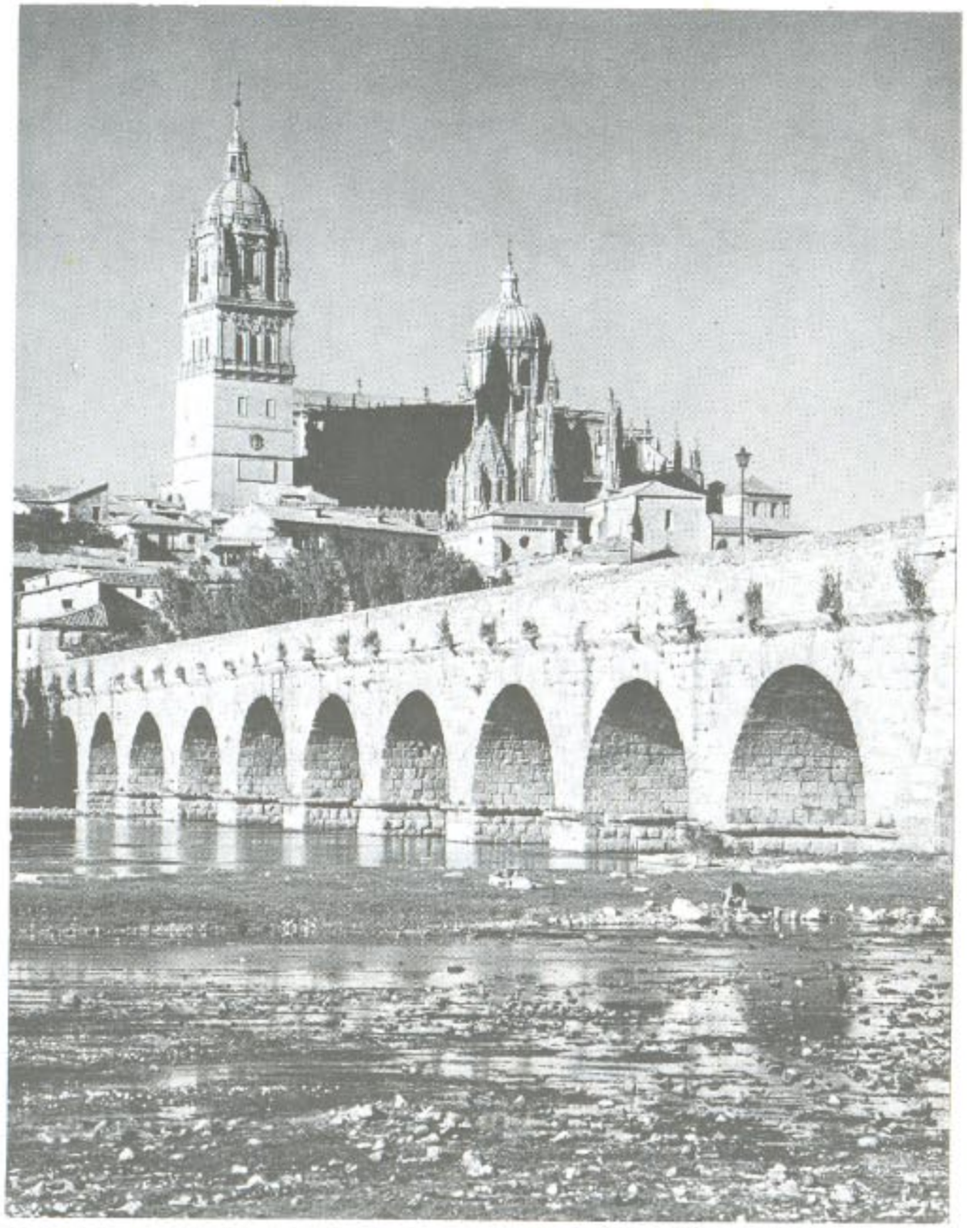
das las partes del Imperio, y que había grandes ciudades o fortalezas en los puntos donde aquellas se cruzaban. Algunas de estas ciudades eran más antiguas que la propia Roma, pero muchas otras fueron fundadas por los romanos. Una vez más puede resultarte interesante comparar el mapa con un atlas moderno; mira cuántas carreteras y líneas de ferrocarril modernas siguen las rutas de los romanos, y cuántas grandes ciudades modernas deben su situación y a veces incluso su nombre, a los romanos. Algunas de estas vías y ciudades se construyeron en sitios en los que, antes de que llegaran los romanos, no había más que desiertos, caminos malos y a menudo peligrosos, y los toscos pueblos de las tribus feroces.

Ahora en cambio, había paz y seguridad. Los comerciantes podían viajar libremente, sin escolta armada, de un extremo al otro del Imperio. Las aldeas y las ciudades podían prosperar, y, especialmente en las ciudades, la gente podía disfrutar de las comodidades de la civilización romana, gracias al talento de sus ingenieros.

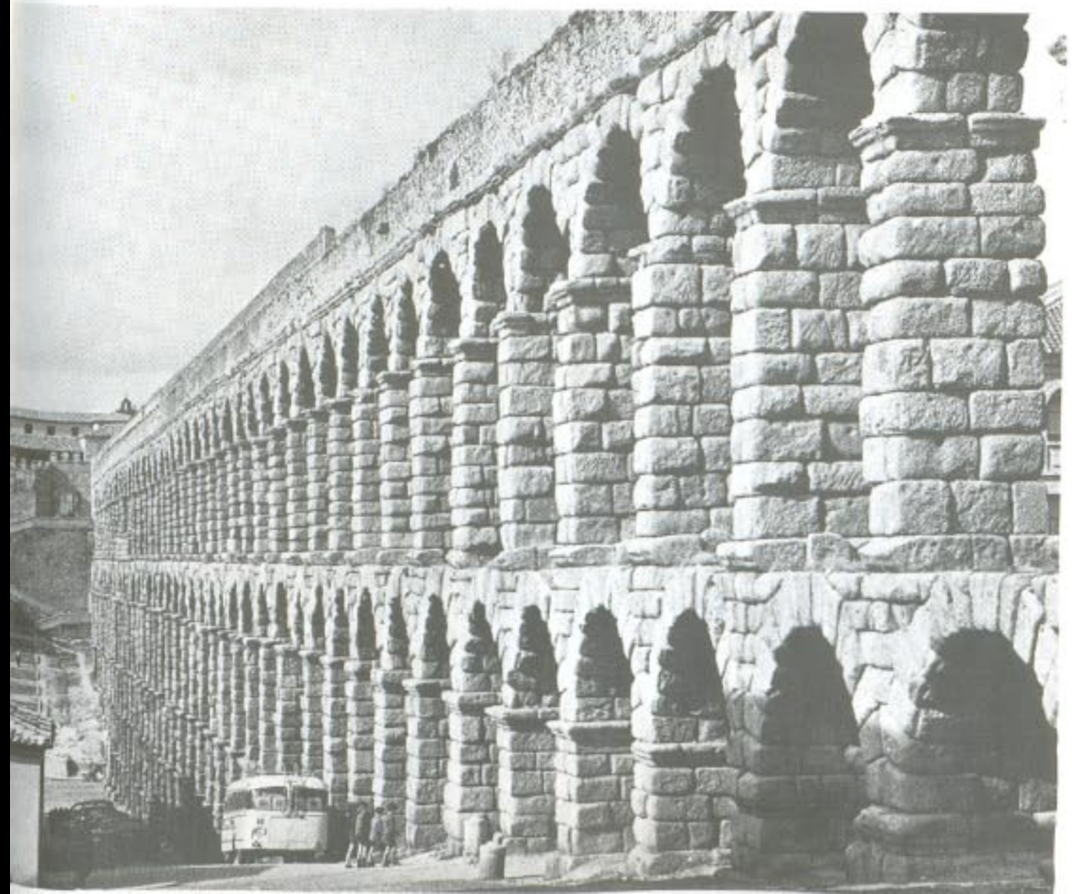
Los edificios

Cuando el Monte Vesubio hizo erupción en el 79 d.C. la ciudad de Pompeya quedó sepultada en unas cuantas horas bajo una enorme capa de cenizas. Allí quedó, preservada como una monia, hasta que en tiempos modernos se ha vuelto a desenterrar. Ostia era un puerto de mar muy activo que entró en decadencia, quedó desierto, y se convirtió poco a poco en ruinas. Pero ahora los arqueólogos lo han restaurado tan bien que, al igual que en Pompeya, los visitantes pueden caminar por las calles, entrar en las tiendas y en las casas, e imaginar cómo sería la vida en una ciudad de Italia en el momento cumbre del Imperio Romano.

De esa ciudad enterrada podemos sacar las imágenes más nítidas de la vida romana, pero en muchos sitios, en todas las provincias y regiones de lo que fue el Imperio, todavía quedan en pie grandes edificios. En España, por ejemplo, si vas a la famosa ciudad universitaria de Salamanca desde el sur, cruzarás el Río Tormes por un puente romano. En otra ciudad española, Segovia, hay un magnífico acueducto, una especie de puente que lleva un canal para que el



Puente romano de Salamanca.



Acueducto romano de Segovia

agua corra hasta la ciudad. Y piensa que el acueducto de Segovia siguió cumpliendo con su función, llevar agua a la gente de la ciudad, hasta hace unos cuantos años.

Alrededor de estas ciudades había murallas, más para mantener fuera a las bestias y los criminales y para facilitar a los concejos municipales el control del tráfico que por un peligro serio de guerra. Esta gran puerta de Trier, en Alemania Occidental, está más pensada para impresionar que para resultar útil en la lucha. La torre de la esquina de las mu-

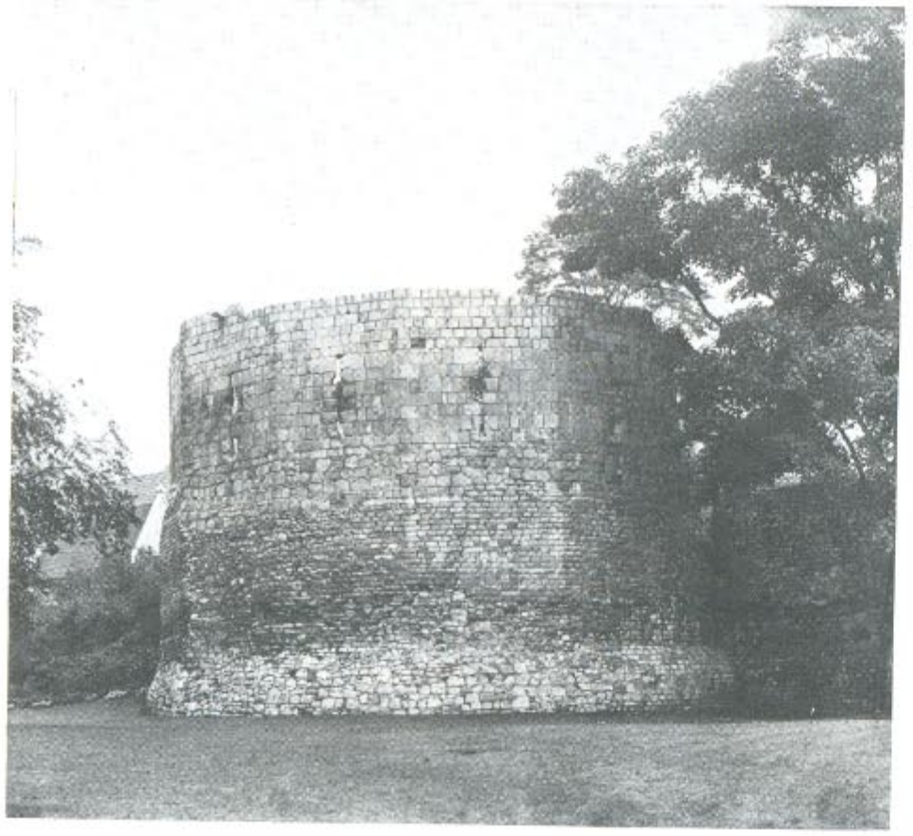
izquierda: Porta Nigra, en Trier, construida a finales del s. III o principios del IV d.C.

derecha: El Coliseo, construido a finales del s. I d.C.

rallas de York, en Inglaterra, tiene un aspecto más práctico, pero York en esa época era una base de legionarios, no muy alejada de la frontera. Fíjate que sólo el pie de la torre es romano; las murallas se siguieron utilizando durante otros mil años o más, y la parte de arriba tuvo que ser reconstruida durante la Edad Media.

Todavía se pueden ver hoy en numerosas ciudades grandes edificios públicos, construidos de manera que su solidez asombra a los visitantes, especialmente en Francia e Italia. Aquí hay algunos de los más famosos. En la propia Roma está el gigantesco anfiteatro, el Coliseo, con sus filas de asientos soportadas por arcadas. Igual de famoso es el templo llamado Panteón, con su gran tejado en forma de arco circular, o cúpula. Si miras estas fotografías de edificios romanos, te darás cuenta de que sus ingenieros utilizaban a menudo esta idea del arco. E incluso a veces construían un gran arco a modo de monumento con objeto de conmemorar una victoria. Esta fotografía te muestra el arco del triunfo de la ciudad de Orange, que está en el sur de Francia.

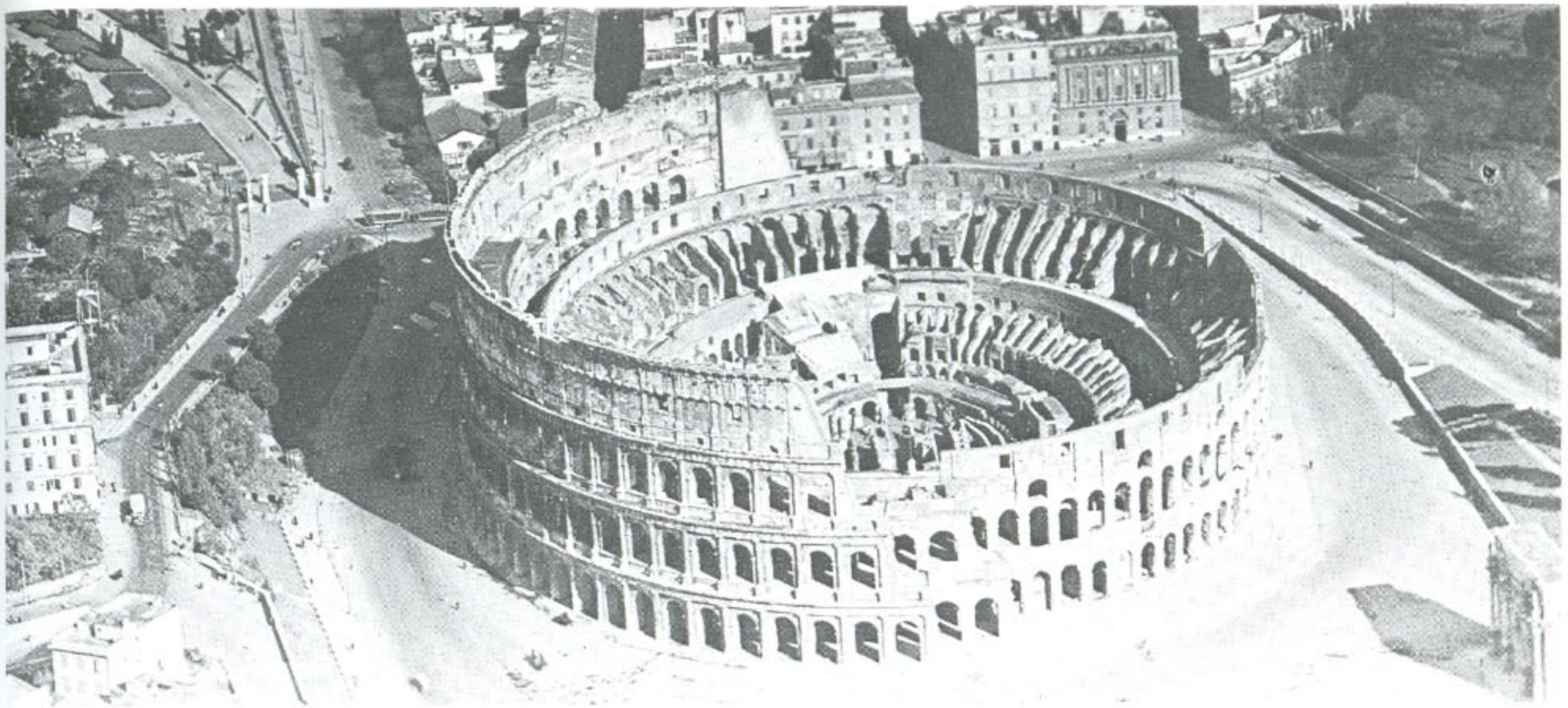
Sería fácil seguir llenando páginas y páginas con otras fotos de las espléndidas obras de los arquitectos y los ingenieros romanos, porque era en las cuestiones prácticas en lo que aquellos hombres estaban especialmente dotados. Y aunque no eran unos artistas tan brillantes como los griegos, eran desde luego grandes ingenieros.



izquierda: Torre multangular de York; la parte inferior, que data del 300 d.C. aproximadamente, es romana.

derecha: El Panteón, primer cuarto del s. II d.C.

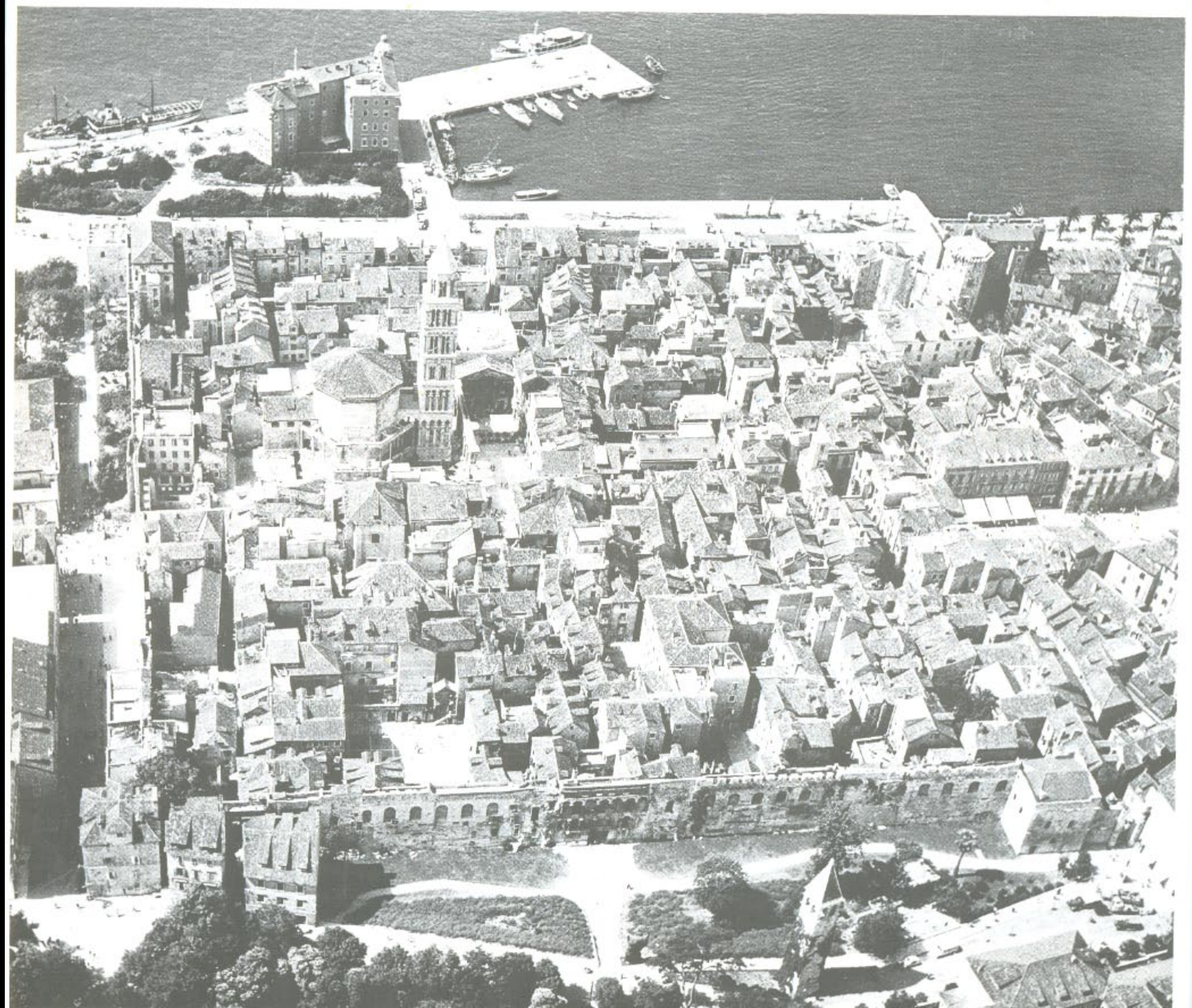
más a la derecha: Arco de Orange, que conmemora una victoria sobre los galos en el s. I d.C., aunque posiblemente se construyó más tarde.



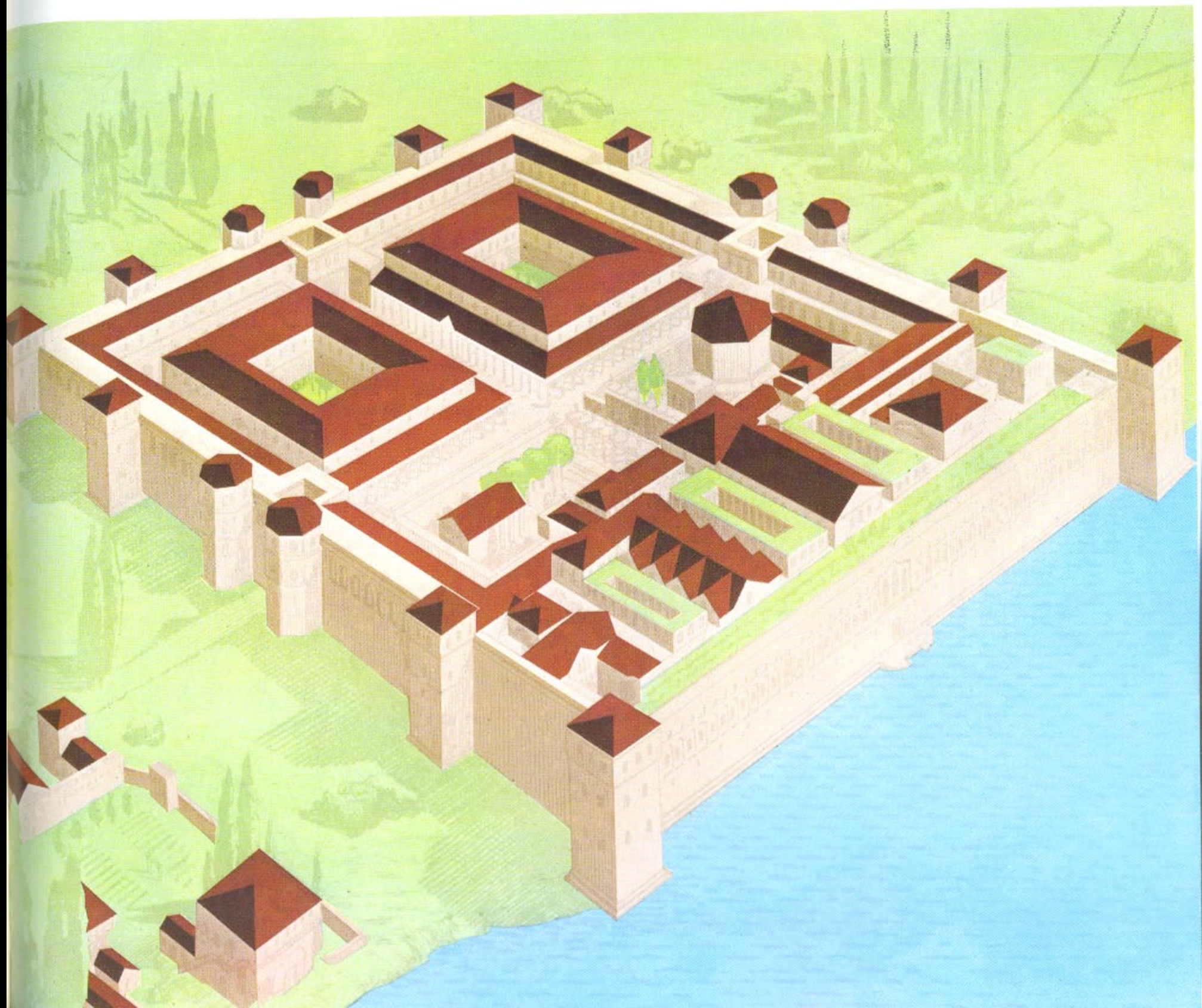
Un palacio imperial

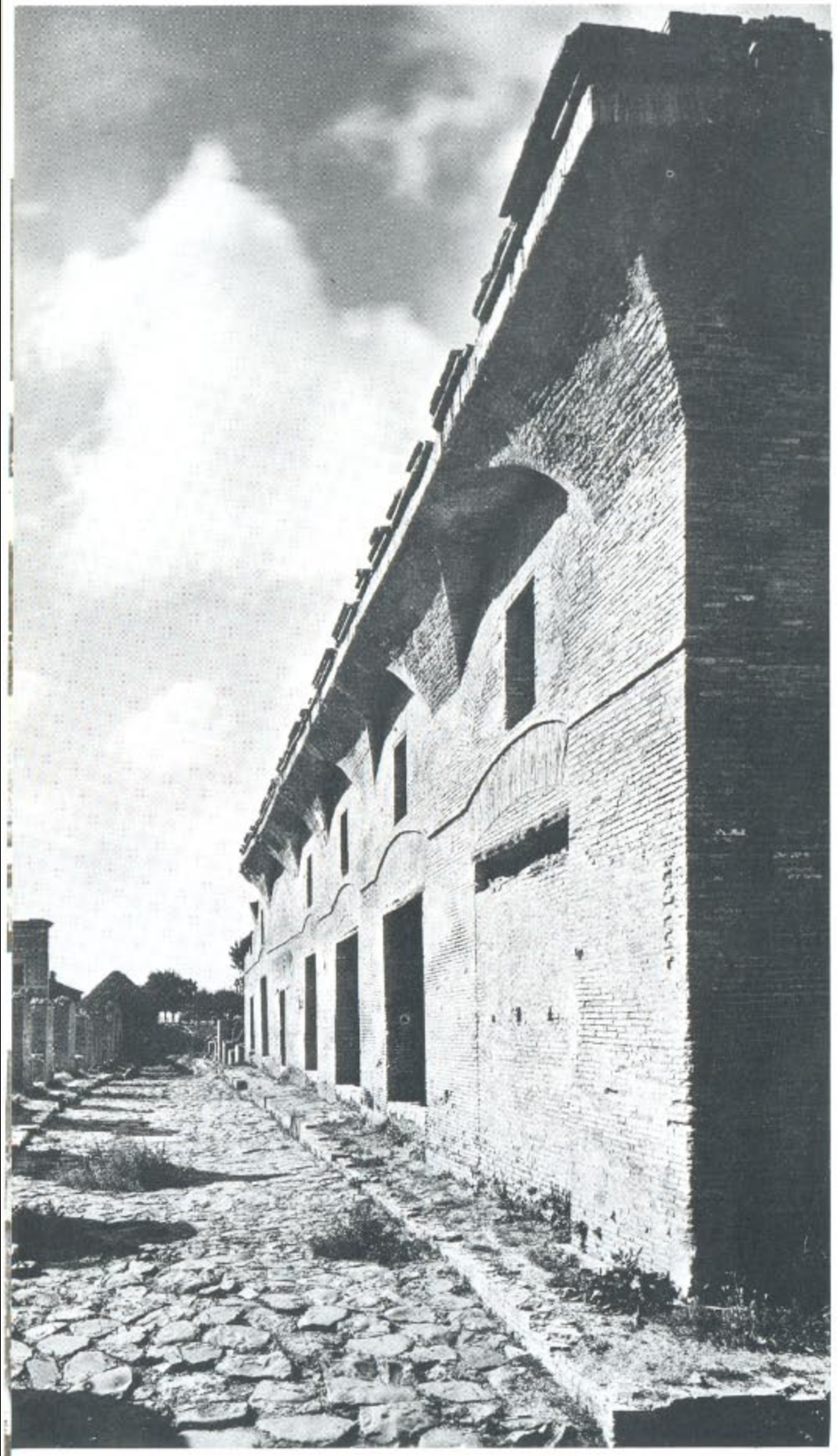
Un impresionante ejemplo puede resumir el tamaño y la fuerza con los que los romanos eran capaces de construir.

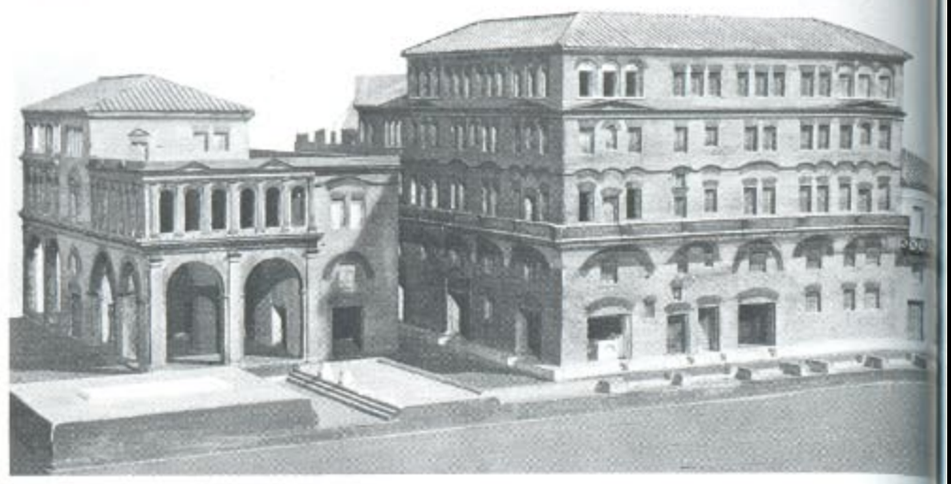
Hace más de 1.600 años el emperador Diocleciano mandó hacer un palacio junto al Mar Adriático, en el país que hoy día conocemos como Yugoslavia. Y dentro de ese palacio creció la ciudad entera de Split. Estas dos imágenes, una fo-



tografía de la moderna Split y una reconstrucción en dibujo del aspecto que debía haber tenido el palacio cuando se construyó, te muestran cómo ha sobrevivido el palacio romano en la ciudad moderna. La catedral, las murallas y las puertas, e incluso la planificación de las calles y las paredes de muchas de las casas son obra de los antiguos ingenieros romanos.







Ostia era el puerto de Roma, en la desembocadura del Tíber. Gran parte de la ciudad ha sido excavada, y restaurada. Aquí hay fotografías de una calle, y de una maqueta de una reconstrucción de un bloque de pisos. La gente que viviera en ellos sería gente corriente, no ricos, pero tampoco pobres.

En Pompeya había muchas casas que pertenecían a gente con dinero para gastar en comodidad y elegancia. Este es el patio central de una de esas casas.

Entre los pequeños objetos que se encontraron en diversas casas repartidas por todo el Imperio Romano había materiales de escritura; este grupo procede de Londres. Hay punzones con una punta aguda para escribir sobre tablillas cubiertas de cera, y un extremo plano para borrar. Otro punzón tiene una cuchara en un extremo, para mezclar la tinta. Uno de los tinteros es para un escritorio, pero el otro podía llevarse encima. La cajita de metal se ponía sobre el nudo del cordón con el que se ataban los paquetes, para proteger el sello.

Una calle de Pompeya.

En muchas de las casas romanas había pinturas en las paredes. Esta es una de las muchas encontradas en el sur de Italia, y muestra a una joven utilizando un punzón y tablillas.

Justicia...

Los romanos hicieron leyes igual que habían hecho edificios. Y también éstas eran buenos trabajos de ingeniería, que funcionaban bien y eran lo bastante sólidas como para seguir funcionando durante mucho tiempo.

Uno de sus problemas era que dentro del Imperio había todo tipo de pueblos, de todas las razas, colores, lenguas, religiones, costumbres y leyes. Había habitantes de los bosques y habitantes de los desiertos, aldeanos y hombres de ciudad de todo tipo. Había itálicos, galos, hispanos, germanos, árabes, britanos, sirios, griegos, egipcios, dálmatas... y muchos más pueblos. Sin embargo, todos tenían que vivir juntos y en paz. Eso quiere decir que todos tenían que obedecer una sola ley. Si recuerdas a Hammurabi, te darás cuenta de lo importante que era eso.

Los abogados romanos resolvieron el problema haciendo unos códigos (grupos) de leyes que eran tan justas y tan claras que las distintas naciones del Imperio podían darse cuenta de lo útiles que eran. Así un griego y un galo podían tener costumbres diferentes en casa, por ejemplo, pero si los dos se encontraban comerciando en Sicilia y tenían un pleito, los jueces romanos podían decidir sobre el caso estudiando un gran código de leyes que incluía a todos los habitantes del Imperio.

Marco Aurelio, el último de los «Cinco buenos emperadores», compartió sus deberes y poderes con un co-emperador, Lucio Vero, que aparece en esta moneda.

Igual que los filósofos modernos aún estudian la filosofía griega por lo mucho que les puede enseñar, los abogados modernos de muchos países estudian todavía las viejas leyes romanas.

... para todos

Esta ley y esta justicia eran para todo el mundo en el Imperio. No eran sólo para los romanos, ni sólo para la gente de

una o dos provincias. Es verdad que el ciudadano romano tenía ciertos privilegios; por ejemplo, si no estaba satisfecho con el veredicto de un juez, podía apelar al emperador en Roma. Quizá recuerdes de la Biblia cómo San Pablo fue envíado a Roma cuando apeló al César.

San Pablo pudo hacer esto porque era ciudadano romano. Sin embargo, era un judío de Asia. ¿Cómo podía un hombre así ser romano? La respuesta es que cuando pasó el tiempo y se fue extendiendo el Imperio cualquiera, que pareciera leal a Roma podía convertirse en ciudadano romano, sin que importara dónde hubiera nacido. La ciudadanía se fue volviendo un privilegio abierto a cualquiera que se lo ganara. Por ejemplo, los soldados que habían luchado todo el tiempo que les correspondía en las tropas auxiliares, se convertían en ciudadanos cuando se retiraban del ejército. E incluso los esclavos eran hechos ciudadanos cuando se les daba la libertad.

Al final, en el año 212, el emperador Caracalla hizo ciudadanos romanos a todos los hombres libres que vivían en el Imperio. La ciudad se había convertido así en un Imperio en el que todos los hombres eran iguales ante la ley.

Junto con esta idea de tratar a la gente con justicia, de acuerdo con la ley, a veces existía otro objetivo: elegir al mejor hombre para cada trabajo importante. Algunos em-

peradores intentaron hacerlo utilizando algunos esclavos, u hombres recientemente liberados, leales e inteligentes, para que les ayudaran a gobernar. Otros, eligieron cuidadosamente hombres jóvenes que les parecieran sabios y fuertes, adoptándolos para que pudieran ser los futuros emperadores. En parte por esta causa, hubo una línea de emperadores muy competentes, los «Cinco Buenos Emperadores», entre los años 96 y 180. Con hombres así gobernando con sabiduría y reforzando las leyes romanas, el Imperio era un lugar en el que la mayor parte de los hombres podía ganarse la vida pacíficamente, asegurados contra la guerra y contra todas las injusticias.

Tolerancia...

Los romanos siempre fueron gente más interesada en los asuntos prácticos que en discutir acerca de la religión y de los dioses. Los pueblos que entraban a formar parte del Imperio solían tener sus propios dioses, y querían seguir adorándolos. Pero esto no los preocupaba a los romanos, y parece ser que los soldados adquirieron la costumbre de adorar a todo tipo de dioses extraños, según donde estuvieran destinados. Por ejemplo, un soldado podía descubrir que la población local no había oído hablar nunca de Marte, pero en cambio tenía su propio dios de la guerra llamado Tincso. Así que decía, «Vuestro Tincso parece ser el mismo dios que nuestro Marte. En realidad estamos adorando al mismo dios». A veces se erigía un altar con los dos nombres, y así todo el mundo estaba contento, porque los romanos estaban dispuestos a permitir que la gente adorara a los dioses que prefiriera, siempre que esta adoración no interfiriera en su lealtad a Roma. Eran muy tolerantes con la religión; esto quiere decir que no creían que fuera necesario pelearse por su causa.

...para la mayoría

¿Tiene sentido para tí lo que hemos comentado sobre la tolerancia romana? ¿Y qué hay acerca de todos aquellos cristianos, y de los leones en el circo?

El problema era que los cristianos parecían no ser muy leales. Los romanos habían decidido que sería una buena idea tratar a su emperador como a un dios, con templos y con altares. Esta sería una forma fácil de proporcionar a todo el mundo del Imperio una manera de demostrar su lealtad. Era cuestión simplemente de dejar caer un poco de incienso o de vino en un hueco, en lo alto del altar. Pero los cristianos se negaban a hacerlo, pues adoraban a un solo Dios. Los romanos no conseguían entender las ideas de los cristianos, y pensaban que un Dios que no permitiera que se mostrara el respeto debido al Emperador debía ser un Dios muy peligroso. Y tenían la sensación de que los cristianos podían ser fácilmente traidores a Roma.

izquierda: Esta columna formaba parte de un altar dedicado a Marte Tincso, construido por soldados germanos asentados en Housesteads, Inglaterra.

derecha: Altar dedicado por los hombres de la Legión VI Victrix (Victoriosa) al dios supremo, Júpiter Dolicheno el Eterno, y a los dioses locales del distrito de Brigantia.

Además, los judíos también sintieron las iras de Roma... y la religión cristiana estaba al principio muy ligada a los judíos. Estos se alzaron dos veces contra los romanos, y lucharon con tanta fiereza en su fortaleza de Jerusalén que al final los romanos decidieron que la única manera de preservar la paz en el futuro era expulsar a todos los judíos de Palestina. El exilio de los judíos duraría 1.800 años, y su regreso a Palestina ha supuesto uno de los mayores problemas políticos de nuestro siglo. Así, el poder de Roma se ha extendido a través de los tiempos, como puedes ver.

Pero los cristianos, los judíos, y también los druidas de Gran Bretaña, eran excepciones. Y normalmente los romanos estaban dispuestos a dar la bienvenida a cualquier dios nuevo, como el dios Mitra de los persas, que no parecía ser enemigo del Emperador.

Parte de un mosaico del s. IV d.C. Se dan los nombres de los gladiadores. Un gladiador, si vivía lo suficiente, podía convertirse en una «estrella», idolatrado por sus «fans».

El precio

Hasta ahora hemos estado viendo el lado bueno del Imperio Romano. Pero no olvides que había también un lado malo. En la propia Roma, la consigna «Pan y Circo» continuaba funcionando; los crueles espectáculos que se presentaban sobre la arena eran probablemente mayores de lo que habían sido en tiempos de la república, y también peores. La gente tenía paz y justicia y lo suficiente para comer, y tenía también sus diversiones. Eso era todo. ¿Se te ocurre algo que les faltara? ¿Algo que no tuvieran?

Sólo el emperador y sus funcionarios tenían realmente el poder. Eso era parte del precio que la gente de Roma y del Imperio tenían que pagar por la paz, la ley y el orden. ¿Era justo este precio? ¿Conseguía la gente del Imperio Romano algo de valor a cambio de lo que pagaba? Esta es una pregunta muy difícil de contestar, y tendríamos que saber mucho más acerca de los detalles de la vida en el Imperio Romano antes de decidir la respuesta. Sin embargo, es una cuestión muy importante, en la que merecería la pena pensar. Muchas cosas han cambiado desde los tiempos de los romanos hasta los nuestros, pero antes o después la mayoría de nosotros tendremos que responder a esta pregunta: ¿qué queremos en realidad, y cuánto estamos dispuestos a pagar por ello?

Pero ya que no tenemos demasiadas noticias de revueltas o motines, parece que, en conjunto, los habitantes del Imperio Romano pensaban que no pagaban demasiado a cambio de lo que obtenían de la *Pax Romana,* es decir, de la Paz Romana.

El mundo en el exterior de Roma... civilizados y bárbaros

La historia de Roma es tan grande que no hemos tenido espacio para nada más que este libro, y quizá hayas olvidado que el Imperio Romano no incluía a todos los pueblos civilizados del mundo. El primer mapa es para recordarte los grandes reinos e imperios que había en Asia.

Las distancias eran tan grandes que los romanos y los demás pueblos civilizados podían hacer poco por ayudarse o por perjudicarse unos a otros. Incluso los mercaderes encontraban los viajes muy largos. El comercio continuó. Los mercaderes del Imperio Romano iban a La India, a Indo-China, e incluso a la propia China, y traían tesoros tan raros como las hermosas sedas que compraban los romanos ricos.

El único pueblo civilizado lo suficientemente cercano a Roma como para ayudarse o perjudicarse era el de los partos, los nuevos gobernantes de Persia. Hubo muchas guerras entre los dos Imperios. Las ciudades fronterizas cambiaban de manos muy a menudo. Hubo un momento en que Roma dominó Mesopotamia. Pero el Imperio Romano ya era lo suficientemente grande, casi demasiado grande para ser gobernado desde una capital como Roma. Las guerras entre los Imperios Romano y Parto no causaron más que daños en ambos bandos, porque los dos desperdiciaron hombres y dinero sin ganar nada de valor, y no podían permitírselo.

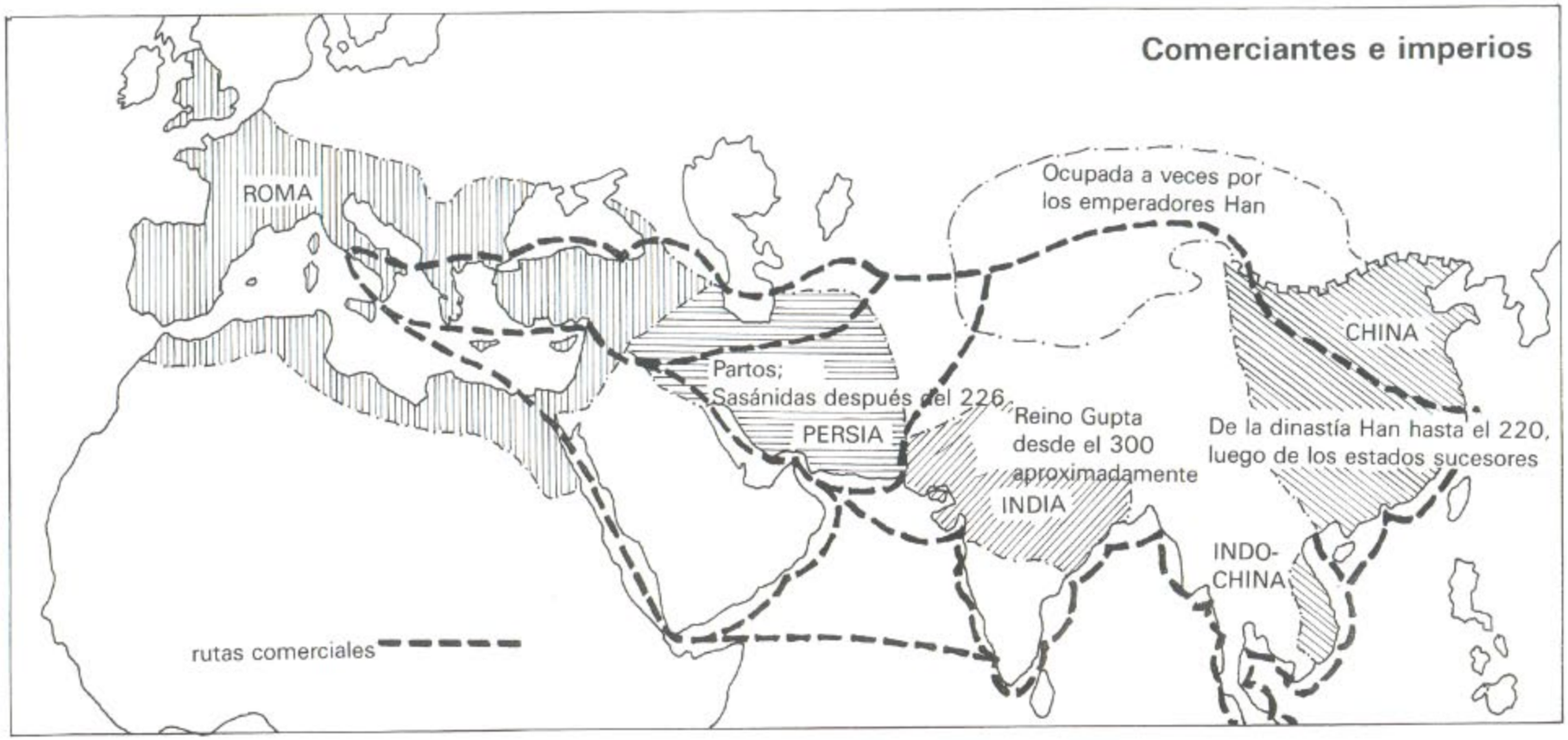
El segundo mapa te mostrará por qué los romanos en particular no se podían permitir debilitarse con guerras inútiles con los partos. Este mapa abarca el mismo área que el anterior, pero en vez de hacer énfasis en los pueblos civilizados, muestra los pueblos sin civilizar, los bárbaros.

Estos bárbaros estaban empezando a presionar las fronteras romanas, en especial en el Río Danubio y el Río Rhin. Las tribus que vivían cerca de las fronteras romanas eran a su vez presionadas por otras, más salvajes. Parecía como si hubiera tantos bárbaros buscando más tierra para asentarse, o para llevar a pastar sus rebaños, o simplemente buscando más gente a la que robar, que todos los pueblos bárbaros estuvieran inquietos.

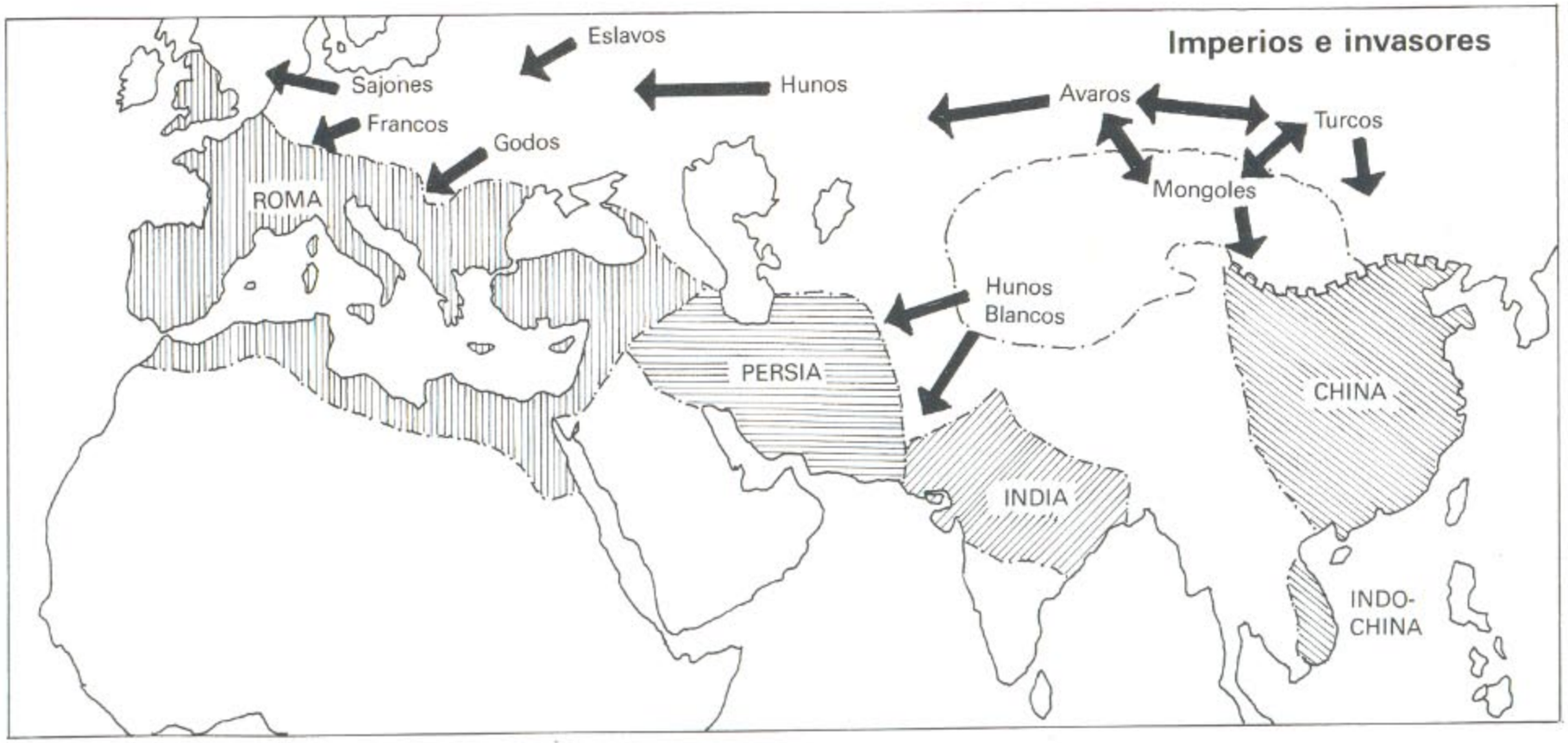
Parece ser que algunos querían saquear el rico Imperio Romano; otros querían entrar y asentarse, y estar protegidos contra los bárbaros salvajes del exterior. El Imperio Romano tenía que ser fuerte para derrotar a los primeros, e igual de fuerte para tratar con los segundos, ya que los romanos tenían o que negarles la entrada con mucha firmeza, o que controlarles con la misma firmeza si les permitía entrar.

Durante el siglo III d.JC. el Imperio Romano tenía que ser más fuerte que nunca. En vez de eso, estaba empezando a debilitarse.

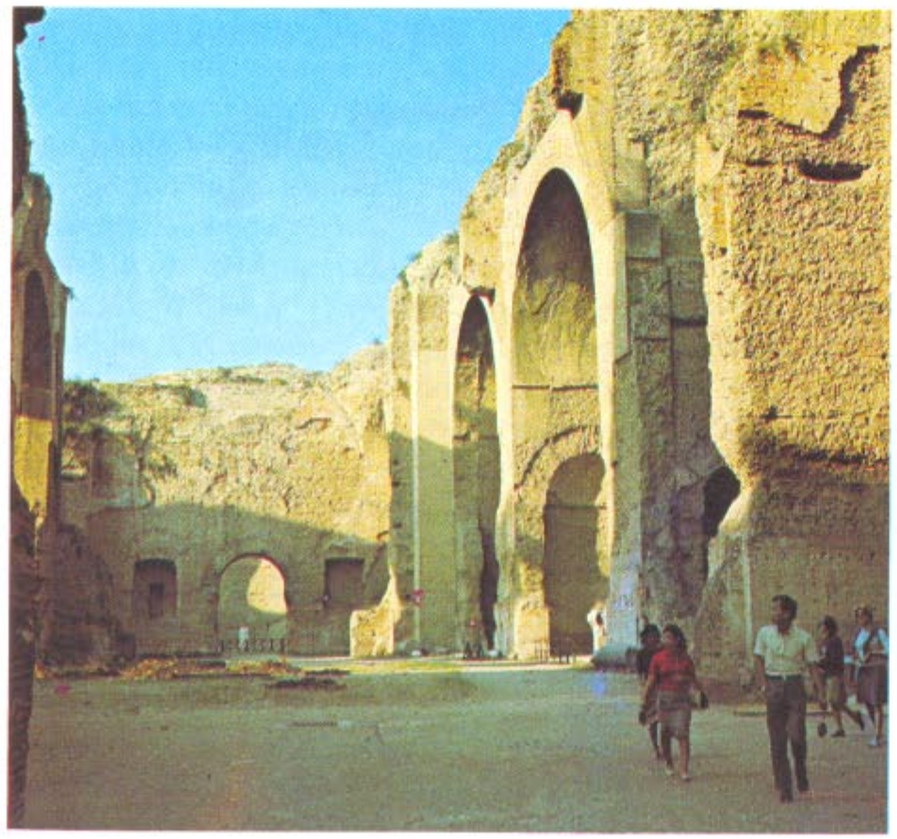
Comerciantes e imperios



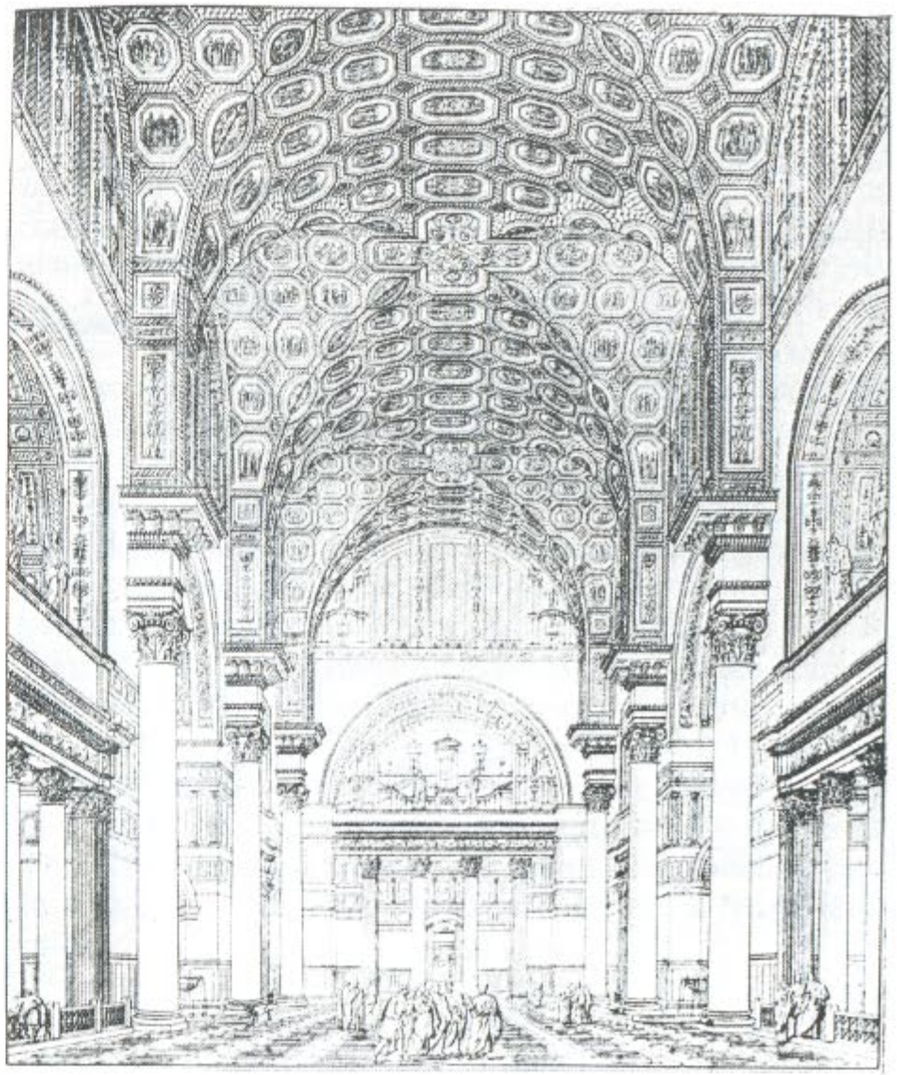
Imperios e invasores



Construida entre el 271 y el 283 d.c. para proteger la ciudad de Roma, una gran parte de la Muralla del Emperador Aureliano todavía se mantiene en pie. Esta vista muestra la Puerta Pinciana, una de las mejor conservadas.



inferior izquierda: Parte de las ruinas de los baños del Emperador Caracalla, construidos por el pueblo de Roma en el s. III. En todas las ciudades del Imperio, los baños no sólo servían para lavarse, sino que más bien se utilizaban como centros de ocio y diversión. Además de salas de baño de todo tipo, los baños de Caracalla incluían salas de gimnasia, de conferencias, bibliotecas, salas de música, hermosos salones y restaurantes. El dibujo que es una reconstrucción del vestíbulo principal, puede darte una idea del lujo y la grandeza de que disfrutaban los romanos.



El imperio se derrumba

La corona en venta

Recordarás cómo, cuando se derrumbó la república, los romanos tuvieron que aceptar un emperador. La idea era que un hombre fuerte y sabio al mando del ejército y ayudado por oficiales o funcionarios, trabajadores y honrados se ocuparía de que las tareas se llevaran a cabo pronto y bien. Había un peligro muy obvio. ¿Y si un emperador resultaba no ser fuerte, o no ser sabio?

Durante mucho tiempo Roma tuvo bastante suerte. Durante el siglo II d.JC., la época de los "Cinco Buenos Emperadores" que mencionamos en la página tuvo mucha suerte. Luego se inició la descomposición. Un emperador inepto fue asesinado. El ejército tomó el poder. Una vez que los soldados se dieron cuenta de los fuertes que eran, ningún emperador estuvo seguro, excepto los más fuertes. En un momento determinado el trono fue vendido abiertamente al romano que más pagó por él. (No vivió mucho tiempo para disfrutar de su corona.) En otras épocas, diferentes ejércitos de diferentes fronteras trataban de hacer emperadores a sus respectivos generales. Eso a menudo significaba que estos ejércitos luchaban uno contra otro en vez de vigilar la frontera. Ya te puedes imaginar lo que suponía. Se podían producir incursiones de los pueblos bárbaros mientras que los soldados estaban luchando entre sí.

¿Quién lo pagará?

El ejército reclamaba cada vez más dinero a los emperadores. Esto era, como acabas de ver, en parte como recompensa por su ayuda o como soborno para permanecer leal. Sin embargo, también era porque el guardar las fronteras era realmente caro. La única manera de tener más dinero era aumentar los impuestos.

Como los emperadores no se sentían seguros, pensaban que tenían que mantener el Imperio fuertemente controlado. Utilizaban más oficiales para gobernar a los habitantes del Imperio, y luego tenían miles de espías y policías secretos para vigilar a esos oficiales. Todo esto también costaba dinero. Los impuestos subían cada vez más.

¿Quién pagaba los impuestos? Al final, la gente que pagaba era la que no podía escaparse del pago. Los soldados, los oficiales, la policía secreta, los hombres ricos, podían o escaparse del pago o si no recuperar lo que pagaban quitándole más dinero a algún otro. Los oficiales y la policía secreta, por ejemplo, solían aceptar sobornos.

Para empeorar las cosas, toda esta demanda extra de dinero llegaba en un momento en el que el Imperio no era tan próspero como solía, en que el comercio iba mal y la

Constancio Cloro, César bajo el mandato de Maximiano Augusto, es saludado por los ciudadanos de Londres en el 296. Restauró el orden tras la revuelta de Carausio, almirante de la flota británica, que se había alzado como rival del emperador; por eso dice la inscripción: «Restaurador de la Luz Eterna». Esta escena aparece en un medallón fabricado poco después del suceso.

gente no podía permitirse pagar tanto. Comprenderás que algunos de los habitantes del Imperio Romano comenzaran a preguntarse si merecía la pena. Ya hablamos del precio que hubo que pagar por la Paz Romana en la página; todavía había muchas cosas buenas en la Paz Romana, pero el precio era demasiado alto.

¿Puede mantenerse el Imperio?

Después del año 280 aproximadamente hubo unos cuantos emperadores muy fuertes. El primero de éstos fue Diocleciano, el hombre que construyó ese gran palacio que viste en la página 48. Decidió que el Imperio debía mantenerse tan firme como estaba, y ordenó que todo el mundo se quedara exactamente en su sitio. Cada hombre debería seguir realizando el mismo trabajo, o el trabajo que realizaba su padre, y tendría que seguir viviendo en el mismo lugar. Si alguno se marchaba (los impuestos eran tan altos que incluso los propietarios de tierras a veces huían, dejando que se arruinaran sus campos) sus vecinos tendrían que hacer su trabajo y pagar sus impuestos además de los propios. El emperador, para asegurarse de que las cosas no fuesen a peor, estableció que no debían cambiar en absoluto.

Diocleciano también decidió que el gobierno del Imperio era una tarea demasiado grande para un solo hombre, así que dividió el Imperio en Oriental y Occidental, con un emperador en cada parte. Se suponía que todavía era un solo Imperio Romano, y que los dos emperadores trabajarían juntos. Lo que sucedió fue que en algunas épocas a lo largo de los siguientes cien años las dos partes se unieron bajo un solo emperador, y en otros momentos estuvieron separadas.

La capital de la parte oriental del Imperio Romano era Bizancio. Fue reconstruída de tal manera por el Emperador Constantino que se le dio un nuevo nombre: Constantinopla. Desde esta gran ciudad, esta nueva Roma del Oriente se gobernó un imperio durante los siguientes 1.000 años. Eso es otra historia, y aquí ni siquiera podemos empezarla.

Constantino hizo algo más importante incluso, que eso. El fue el emperador romano que hizo del cristianismo la religión de todo el Imperio, tanto Oriental como Occidental. En la propia Roma, donde tantos cristianos habían muerto de manera cruel, un obispo cristiano recibió grandes honores y mucho poder. Lo mismo sucedió en todas las demás ciudades del Imperio. Esto fue el principio de otra nueva historia.

Estaban sucediendo grandes cosas, todas ellas nuevas. La historia de Roma no había terminado. Todavía no había terminado, y quizá nunca termine. Piensa tú mismo en las palabras e ideas que nos han dejado los romanos y que seguimos utilizando. Pero en el Occidente, el Imperio estaba empezando a hacerse pedazos. Los pueblos bárbaros empezaron a entrar y asentarse en distintos lugares del Imperio. En todas partes surgían reinos en donde habían estado las antiguas provincias. Había gente nueva que tomaba el poder, y después del 476 nadie fingía siquiera que hubiera un emperador en Roma.

Maximiano, con el título de Augusto, gobernaba el Imperio Romano Occidental. El mismo se ocupaba de Italia y la mayor parte de Africa. Constancio, con el título de César, heredero y ayudante de Maximiano, se ocupaba de Mauritania, Hispania, Galia y Gran Bretaña.

Diocleciano, que tomó el título de Augusto, gobernaba el Imperio Romano Oriental. El mismo se ocupaba de Asia Menor, Siria y Egipto. Galerio, con el título de César, era su ayudante y heredero. Se ocupaba de los Balcanes y de Grecia.

En muchas tierras distintas quedan recuerdos de Roma. En la página siguiente hay una fotografía de las ruinas de Ba'albek, en el Líbano. Las enormes columnas adornadas pertenecen al templo que el Emperador Antonino Pío construyó en honor a Júpiter, el más grande de los dioses.